ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA

EL CÁNTARO ROTO

Comedia en tres actos y en verso

ORIGINAL DE

D. RICARDO CABALLERO Y MARTÍNEZ

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.º IZQUIERDA

1895.

5-31

EL CÁNTARO ROTO.

EL CÁNTARO ROTO

Comedia en tres actos y en verso

ORIGINAL DE

D. RICARDO CABALLERO Y MARTÍNEZ

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO JOFRE de Ferrrol, el dia 4 de Enero de 1895.

FERROL
IMP. DE EL DEPARTAMENTO
á cargo de M. Mosquera
1895

PERSONAJES	ACTORES
CARMEN	Sra. Pastor.
D.ª TOMASA	» Imperial.
MANUELA	» Mollar.
D. SEBASTIAN	Sr. Soriano.
RAFAEL	» Augusto.
D. ANTONIO	» Montiel.
D. JACINTO	» Martí.
D. TIBURCIO	» Laborda.
D. COSME	» Hernandez.

La acción en Madrid.—Epoca actual.

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Administración Lírico-Dramática de D. Eduardo Hidalgo, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

860.82
Sp24
v.48

Archivo Central
REMOTE STORAGE
MILLÁ
San Pablo 21-BARCELONA

ACTO PRIMERO

Sala elegantemente amueblada en casa de D. Antonio; velador en el centro con recado de escribir, libros y papeles.

ESCENA PRIMERA.

RAFAEL, sentado á la derecha con un libro en cuya lectura parece embebido. CARMEN por la izquierda con una labor de mano.

CAR. Desde la puerta. ¡Rafael? Nada, no oye.
Alzando la voz. ¡Rafael? ¡Qué distraido!
Corriendo junto á Rafael y gritándole al oido.
¡Rafael!
RAF. Sobresaltado. Jesús, mujer!
¿A qué vienen esos gritos?
CAR. Pues apenas te he llamado!
Deja ese librote, hijo,
que te estoy hablando.
RAF. Sin dejar de leer. Espera.
CAR. ¿Sabes que no es nada fino
lo que estás haciendo?
RAF. ¿Qué?
CAR. ¡Anteponer al cariño
de tu prima, la lectura
de ese mamotreto insípido!
RAF. El Código de Comercio!...
CAR. ¡Valiente pamplina! ¡Digo
si es interesante! ¿Y sigues? ..
Pues mira, ya has concluido.
Le arrebata el libro.

RAF. Carmen!
No quiero que leas.
RAF. Pero....
CAR. No te lo permito. Tira el libro sobre la mesa.
Vaya al diablo! Un buen amante
no debe tener más libros
que los ojos de su novia
y estudiar en ellos, primo.
RAF. Esos son libros, que siempre,
siempre me dicen lo mismo.
CAR. Si los consultas despacio
te quedarás convencido
de lo contrario; sino
á la prueba: es muy sencillo.
¿Qué están diciendo mis ojos?
RAF. Toma! que son muy bonitos.
CAR. Gracias. ¿Qué más?
RAF. Que me quieres.
CAR. Qué más?
RAF. Que son expresivos
y encierran mucha ternura.
CAR. ¿Y qué más?
RAF. ¿Qué más? No atino...
CAR. Eres muy torpe. Están tristes,
y no lo están sin motivo.
¿Qué dices?
RAF. No digo nada.
CAR. Hijo estás como en el limbo.
RAF. Si no te explicas más claro....
CAR. No rías, que estoy que trino.
Te vás á quedar sin novia
como dos y tres son cinco.
RAF. (Vamos, esta, está de monos).
¿Acaso te has ofendido
Aludiendo al libro.
por.... no seas niña, y perdona.
CAR. ¿Tú me quieres?
RAF. Con delirio.
CAR. Pues hay moros en la costa.

y nos van á armar un cisco...
RAF. No entiendo...
CAR. Quieren casarme.
RAF. Casarte! Desconcertado.
CAR. Con don Jacinto.
Es proyecto de mamá.
RAF. ¡Eso no es posible!
CAR. ¡Digo!
lo concertaron anoche
y convinieron hoy mismo
hablar á papá.
RAF. Mas, tú...
CAR. Yo solo quiero á mi primo,
y espero, que él, por su parte,
hará cuanto sea preciso
para impedir la tal boda.
RAF. ¿Yo, Carmen? ¡Qué compromiso!
CAR. Tú no ignoras que mi madre
aquí dispone á su arbitrio.
¡No sé que vá á ser de mí!
¡Papá es tan débil!...
RAF. ¡Dios mio!
CAR. Hablale tú.
RAF. ¿Quién, yo? Carmen
no; con qué derecho aspiro
á tu mano, me dirán.
Tan solo un sueldo mezquino
cuento empleado en tu casa...
¿Qué hacer? ¡Si yo fuese rico!...
CAR. Yo lo soy.
RAF. Tú eres muy niña,
y no comprendes, bien mio,
el pesar que esta noticia
me causa; siempre escondido
vivió nucstro amor, por eso,
por temor de que mis tios
por ser pobre, de tu mano
no me consideren digno.
CAR. Pobre es el otro.

RAF. Es marqués,
y como le alhaga el título
á tu madre.... ¿Quién compite
con todo un marqués? ¡Motivo
tal vez diera al declararme
para perder mi destino,
para salír de esta casa
en dónde huérfano y niño
entré, y en donde me tratan
como á extraño!

CAR. ¿Y qué partido
tomar?

RAF. No sé.

CAR. Gente viene.
Es Manuela.

ESCENA II.

DICHOS y MANUELA por el foro.

MAN. Señorito,
el correo. Entregándole varias cartas.

RAF. Trae. Abriendo una. De Sevilla,
anunciándonos un giro.
Abre otra. Esta otra de Santander.
Que queda embarcado el trigo.
Esta, ¡qué raro, trae sello
del interior, y es del tio
Sebastian! Sí, esta es su letra.

CAR. ¡Qué dices! ¿De mi padrino!
¿No está en Zaragoza?

RAF. Estaba.

CAR. ¡Cómo!

RAF. Como que ha venido
y se halla aquí desde anoche.
Mira: Mostrándole la carta y leyendo al mismo tiempo.
«Un negocio urgentísimo
es causa de que no pueda
abrazaros ahora mismo,

Mañana jueves, que es hoy,
iré á veros; os lo aviso
para que me dispongais
alojamiento.» En un brinco
corro á anunciar á tu padre...

CAR. No olvides lo que te he dicho.

ESCENA III.

CARMEN y MANUELA.

MAN. ¿Qué tiene usted, señorita?
Parece triste.

CAR. ¡Ay, Manuela,
el caso no es para menos!

MAN, ¿Pues qué sucede?

CAR. Que es negra,
negrísima mi fortuna.

MAN. No entiendo....

CAR. Me desespera
el pensar que á la desgracia
es mi madre quien me lleva.

MAN. ¡Qué dice usted!

CAR. Se ha empeñado
en que me case.

MAN. ¡Esta es buena!
¿Y se aflije usted por eso?
¿Pues á que estamos?

CAR. ¡Qué necia!
Si no es con mi primo.

MAN. ¿No?

CAR. Con el marqués.

MAN. ¡Santa Tecla!
¿Sabe usted, y usted perdone,
que tengo entre ceja y ceja
que el tal marqués es un tuno,
que es sólo un marqués de pega?
¿Y qué es lo que piensa hacer?

CAR. No sé.
MAN. ¿Prestar obediencia
y sucumbir?...
CAR. ¡Qué remedio!
MAN. ¿Señorita, está usted mema?
CAR. Si mis padres me lo mandan....
MAN. ¿Y no hay justicia en la tierra?
¿No tiene usté... *antonomía?*
CAR. ¿Qué es eso?
MAN. Segun la Petra,
que le sirve á ese abogado
de enfrente, hacer lo que quiera
cada cual, en uso de
su derecho y sus ideas.
¿A usted le acomoda el primo?
Pues vá con él á la iglesia,
y no tema usted, la ley
los ampara con su fuerza.
CAR. Ya: luego todos tenemos...
MAN. *¿Antonomía?* Cualquiera.
CAR. Se lo diré á Rafael,
tal vez el pobre no sepa...
Pero no confio.
MAN. ¡Cómo!
CAR. Dudo mucho que se atreva.
¡Su posición es tan triste!
Como no tiene carrera
y sólo vive al amparo
de mis padres...
MAN. ¡Qué pamema!
Usted es bastante rica,
y él no es ningún calavera.
CAR. Si, pero si hacemos uso
los dos de la cosa esa...
MAN. ¿Qué cosa?
CAR. La... *antonomía,*
nos esponemos, Manuela,
á que usando de la suya
mis padres, dejen por puertas

á mi primo, y á mí el dote
me nieguen y... considera.

MAN. En viendo el cuento perdido
ya soltarán las monedas.

CAR. ¡Casarse á gusto! Tú sabes
que debe de ser inmensa
la dicha de dos amantes
cuando...

MAN. ¡Si debe ser buena!
¡Ya lo creo!

CAR. ¿Tú suspiras?

MAN. Como que no soy de piedra
y tengo mi alma en mi almario,
y hay quien me tiene querencia.

CAR. ¿También eso?

MAN. Pues, cabal;
y el chico no es un cualquiera:
es un funcionario... ¿estamos?
Como que tiene una agencia
de cartas y memoriales
en la calle de la Fresa.
¡Señorita, y cómo escribe
cuando me escribe! ¡Qué letras
tan hermosas! Como el puño...
¿Y lo que me dice en ellas?...
En casi todas me pinta
un niño en cueros con flechas.

CAR. Han llamado.

MAN. Es el marqués.

CAR. No quiero verle. Ahí te quedas.

MAN. ¿Y si por usted pregunta?

CAR. Dile, que estoy indispuesta.

Se retira por la izquierda.

ESCENA IV.

MANUELA y JACINTO con un ramo por el foro.

JAC. Adiós, Manuela carísima.

¿No se halla visible aún
de esta mansión el arcángel,
el simpático querub
por él que mi pecho cálido
siente amorosa inquietud?

MAN. No señor.

JAC. ¡Ah, suerte mísera!
¡Yo que desde Santa Cruz
vengo presuroso, rápido,
cargado como un astur
para ofrecerle este símbolo
de amor y de gratitud!
¿En dónde se halla? Respóndeme.

MAN. Está en su cuarto.

JAC. ¡Oh, non-plús,
modelo de las domésticas!
¿Quieres volver la quietud
á mi pecho, noticiándola
que don Jacinto Fortún
por ver su semblante plácido
con tierna solicitud
aquí la espera.

MAN. (¡Qué cócora!)
Está algo indispuesta.

JAC. ¿Y tú
por qué no lo has dicho rápida?
¡Por vida... Ya la inquietud
me está acosando. ¿De vértigos
padece? Es mal muy comun...
¿Dolor de estómago? ¿Cólico?
¡Vamos, mujer, dame luz!

MAN. Si usted el hablar impídeme
con sus preguntas y sus...

JAC. Vaya, cuenta.

MAN. Aquí, pacífica
haciendo este canesú
estaba, y al oir el tímpano
de la campanilla, ¡púm!
tiró ahí encima los bártulos.

—Es el señor de Fortún,
exclamó: presiento síntomas
de jaqueca, abur, abur...
Y se fué á su cuarto.

JAC. ¡Cáspita!

MAN. En esto entró usted.

JAC. Según
te explicas, de mí esa prójima
se esconde como del bú.
Vamos, estas niñas cándidas
demuestran tal pulcritud
en las amorosas fórmulas...
pero, ¡voto al rey Saúl!
verás como en breve, plácida
ha de mudar de actitud.
Sabe que lazo tiernísimo
unirá de mancomún
nuestros seres. Esta cábala
vá viento en popa.

MAN. (¡Avestruz!)

JAC. La mamá me apoya.

MAN. (Lástima...)

JAC. Procedo de sangre azul,
tengo figura simpática,
soy joven...

MAN. (Date betún).

JAC. Así es que estoy segurísimo
de no perder el albur.
¿Quieres servirnos de fámula?
Cuidarás del ambigú:
viajaremos, no por límites
de Santander, ni de Irún,
sino por el centro de Africa,
por la América del Sur
y el imperio de los árabes.
Probarás el alcuzcuz,
que es el plato celebérrimo
que hay por allá más común;
y cuando mi bella cónyuge

un tierno infante dé á luz,
tú adormecerás al vástago,
cuidarás de su salud
y le arrullarás cantándole
la nanita y el mambrú.

MAN. Voy á estar divertidísima...
Ya hice mi suerte. (Jesús,
que tipo tan estrambótico.)

JAC. Sé la portadora tú
de este presente odorífico. Por el ramo.

MAN. Tomándolo. Venga. ¡La Señora! Abúr. Vase.

JAC. Una postura académica
conviene adoptar. ¡Húm, húm!
Tosiendo y adoptando una posición estudiada.

ESCENA V.

JACINTO y DOÑA TOMASA.

TOM. Adiós, marqués: buenos días.

JAC. Señora, llegó el instante
que el corazón anhelaba;
¡con cuánta ventura late!
¡Ah! que feliz seré el día
que el dulce nombre de madre
le pueda dar, siendo esposo
de la encantadora Carmen.

TOM. También ese es mi deseo:
hoy hablaré con su padre
de ese asunto.

JAC. ¿Y usted cree
que consentirá?

TOM. Es probable.

JAC. No sabe lo doloroso
que me sería un desaire.

TOM. ¿Teme usted?...

JAC. Todo lo temo,
pues á contar como antes
con las inmensas riquezas

que me legaron mis padres,
estaría más seguro
de realizar mis afanes.
Pero, la suerte contraria
dió con mis fondos al traste,
hallando por siempre fondo
en el fondo de los mares.
Ya creo que le conté
tan infortunado lance...

TOM. Sí, cuando aquella fragata
que con rumbo á Buenos Aires
iba, por usted fletada
de conservas de tomate
se sumergió...

JAC. Exactamente,
perdiendo mis capitales.
¡Oh, fiero destino adverso!
¡Oh, desventura!

TOM. No trate
de esa manera á la suerte.

JAC. ¡Me hallo pobre!

TOM. Qué le hace,
si con su dote mi hija
la pérdida le resarce?

JAC. Bien hayan esas palabras
que al alma consuelo traen.
No me tienta la codicia:
yo, señora, adoro á Carmen
como todo fiel cristiano
á la reina de los ángeles.

TOM. Si, ya lo sé; por lo mismo
le aseguro que su padre
ha de consentir, de hecho;
porque no ha de ser tan cafre
que comprendiendo el cariño
que usted la profesa, trate
de oponerse.

JAC. Mas, la niña...

TOM. No se cuide de eso: sabe

que es obediente y que hará
cuanto la ordene su madre.
Pasemos, pues, á otro asunto...
Ya conoce usted mis planes:
vivir quiero á la moderna,
lucír, no ser insociable:
lanzarme al gran mundo anhelo,
aumentar mis capitales...
mas, necesito un apoyo,
y el de usted, marqués, es grande.
Vá usté á venderme unos cuatros
de la perpetua.

JAC. ¡Admirable!

TOM. Con su importe, emprenderemos
negocios muy importantes:
vá á ser el primero el préstamo
en pequeñas cantidades
y sobre seguro; ¿estamos?
á viudas y militares,
que son por lo regular
los de más necesidades,
y á los que poquito á poco
se les chupa hasta la sangre.

JAC. ¡Magnífico!

TOM. ¿Soy yo tonta?
Ese es el medio más fácil
de quintuplicar al año
el capital: no hay escape.
Otro plan: con las ganancias
veremos de tomar parte
en una de esas contratas
que se prestan al enjuague;
esto nos producirá
por lo menos, lo bastante
para adquirir varias fincas,
con lo cual es innegable
que obtendremos buena renta,
y como el dinero es llave
que todo poder alcanza

y todas las puertas abre,
veré de sacar á usted
diputado por Jadraque;
un paso más, y Ministro,
y con poco que trabaje
consigue que á mi marido
le den título de grande...

JAC. ¿De grande qué?

TOM. Pues de España...

JAC. ¡Ah, ya! siga usté adelante.

TOM. Así nos lucirá el pelo;
lo demás es disparate.
Venga usted por esos cuatros
á las cuatro de la tarde.

JAC. Corriente: voy á la Bolsa
con objeto de enterarme
del precio á que se cotizan.

TOM. ¿Pero, esa niña, qué hace?
¿por dónde anda?

JAC. Déjela;
déjela usted, no la llame;
tal vez el rubor le impida
á mi vista presentarse.
La veré después.

TOM. Corriente.
Hasta luego.

JAC. (El corretaje
me habré de cobrar con creces.
Corro á aplacar á mi sastre).

ESCENA VI.

DOÑA TOMASA.

No es mal partido este mozo;
él no tendrá capitales,
pero es título, y un título
es lo que falta nos hace
para brillar; ¡oh! mi hija

marquesa! Por todas partes
dirá todo él que me vea:
«Ahí vá la marquesa madre.»
Porque yo he de ser marquesa
cuando la niña se case;
tengo participación
en el título; innegable
me parece este derecho.
Ahora, lo más importante
es ver á mi esposo; quiero
que me compre un carruaje;
cualquiera lo tiene hoy día;
hasta las de Lopez que antes
eran unas cursilonas
que no las trataba nadie,
han echado coche, y lucen,
y eso que tienen un aire...
Aquí sale mi marido;
preparemos el ataque.

ESCENA VII.

DOÑA TOMASA y D. ANTONIO.

ANT. Tomasa: una habitación
hay que preparar; que quiero
dar albergue á un forastero.
Ya, ya verás que alegrón...
TOM. ¿Un forastero?
ANT. Cabal.
Hoy entra por nuestras puertas...
Vamos á ver si lo aciertas.
¡Caso mas original!
TOM. Algún personaje? Al grano.
ANT. Te has de alegrar más que yo.
TOM. ¿Persona influyente?
ANT. ¡Oh!
TOM. Hombre, revienta.
ANT. Tu hermano.

TOM. ¡Sebastián! Con disgusto.
ANT. Mostrándole la carta. Puedes leer.
TOM. ¿Y á qué viene este palurdo
á Madrid? ¡Esto es absurdo!
ANT. ¿Qué es lo que dices, mujer?
Tratas á tu hermano...
TOM. Basta:
es un ente sin cultura,
un patán.
ANT. Pero criatura,
tu reniegas de tu casta.
TOM. Metido allá entre terrones
toda la vida, sin trato...
ANT. Y tú nadando en boato
á costa de sus doblones.
TOM. ¿Me insultas?
ANT. No es insultar
decir la verdad, Tomasa:
el crédito de mi casa
se debe en primer lugar
al capital que aportó
uniéndose á mi negocio;
es mi cuñado, mi socio
comanditario, y si no
usa frases lisonjeras
ni en vestír gasta un tesoro,
tiene un corazón de oro
que para tí lo quisieras.
TOM. No me hace falta.
ANT. (¡Prudencia,
porque este genio!..)
TOM. A otra cosa.
ANT. Bueno, tu dirás, esposa.
TOM. Por razón de conveniencia
y de decoro á la par,
porque en nuestra posición
es de ene, es de cajón....
ANT. (¿Dónde iremos á parar?)
TOM. He pensado y de tí espero

obtenga mi pensamiento
aprobación...
ANT. Al momento
si no es cosa de dinero.
TOM. ¡Hombre!
ANT. No puedo, Tomasa,
con tu continuo derroche.
TOM. Si es muy poca cosa: un coche.
ANT. ¡Un coche! ¡Ay, Dios!
TOM. ¿Qué te pasa?
ANT. Nada.
TOM. La sorpresa...
ANT. Pues,
la sorpresa...
TOM. La alegría...
ANU. ¡Pobre mujercita mía,
tú paras en Leganés!
¿Conque coche? Estamos buenos...
TOM. Es de uso tan esencial
en la gente principal,
que no se puede por menos.
Por esas calles al ir
dá una cada tropezón...
ANT. Pues mira, alquila un simón
cuando tengas que salir.
TOM. ¡Yo en simón! ¡yo, santo cielo!
ANT. Mujer...
TOM. Me dejas confusa:
el simón sólo lo usa
la gente de poco pelo.
ANT. Gracias á Dios que convienes
una vez con tu marido.
TOM. ¿Eh?
AMT. Quítate ese añadido,
verás el pelo que tienes.
TOM. Deja las bromas á un lado
que hablando formal estoy.
ANT. Pues oye, sin broma: hoy
me encuentro muy apurado.

He de pagar á la vista
veinte giros, un trasporte
de harinas, que desde el norte
me mandan; á un accionista
el interés anual
del fondo que tiene en caja;
el papel tiende á la baja,
no se cobra ni un real,
y para colmo de apuros
te notifico, hija mía,
que ha quebrado el otro día
la Sociedad de seguros.

TOM. ¡Quebrado! ¡Qué atrocidad!
¿Por qué, insigne majadero,
allí impusiste el dinero?

ANT. Pues, por la seguridad.

TOM. Tu verás cómo ha de ser,
que yo sin coche no quedo.

ANT. ¡Ay, esposa, me dás miedo!

TOM. No me quieres complacer.

ANT. Querer no es poder, Tomasa:
abandona ese capricho.

TOM. ¡Qué no puedes!

ANT. Ya te he dicho
el estado de la casa.

TOM. No; di mejor que obcecado
pretendes no darme gusto
oponiéndote á lo justo:
mas, ya lo tengo arreglado.
Del dinero que me dás
para los gastos del mes.
destino parte...

ANT. Eso es,
mujer, no faltaba más.
¿Conque por gastar bambolla?...

TOM. Es lo mejor.

ANT. Sí, y ufana,
en vez de carne, mañana
echas el coche en la olla.

ARCHIVO Y COPISTERIA DE JOS CRUSET CONDE DEL ASALTO-172 BAR LONA

TOM. Habiendo necesidad
se recurre á cualquier medio.
ANT. ¿Y no vés que es el remedio
peor que la enfermedad?
¿No vés?...
TOM. En vano porfías;
fuera necias nimiedades;
á grandes necesidades
forzosas economías.
Porque aquí, señor esposo,
se gasta mucho...
ANT. Según.
TOM. Así es que tenemos un
presupuesto escandaloso.
AOT. Eso es verdad; satisfago
gastos...
TOM. A la vista salta:
de cosas que no hacen falta
ANT. Dímelo á mí que las pago.
TOM. En la mesa es evidente
que se gasta, y no es de ley;
con sota, caballo y rey
tenemos lo suficiente.
Justo es que en esto se haga
rebaja.
ANT. Pero hija mía...
TOM. Yo obtengo una economía.
ANT. Y el estómago lo paga.
TOM. Oye: en segundo lugar,
desde ahora mismo decido
que demos por suprimido
lo que gastas en fumar.
ANT, Eso, chica, no es razón.
TOM. Es muy justo.
ANT. ¡Empeño raro!
TOM. El tabaco cuesta caro,
y á más destruye el pulmón.
También al barbero inmolo,
gasto superfluo á mi ver.

ANT. ¿No he de afeitarme, mujer?
TOM. Si, pero aféitate solo.
ANT. Me desuello.
TOM. Ten más tino.
ANT. Repara que...
TOM. No me vengas
con reparos, aunque tengas
más barbas que un capuchino.
ANT. Corriente, como tu quieras:
(sigámosla la manía.)
¿Y, con esa economía
adquirir el coche esperas?
TOM. Con esa y con otras, si;
yo haré que pronto lo veas;
tu no sabes las ideas
que me están bullendo aquí.
ANT. ¡Serán famosas!
TOM. Cabal.
ANT. Si son como estas... quimera.
TOM. Muchas gotitas de cera
hacen un cirio pascual.
Ya verás el resultado:
en la casa desde hoy
á seguir la marcha voy
del gobierno del Estado.
ANT. ¡Así irá ella!
TOM. Y es llano
que ó muy poco he de poder...
ANT. Bueno: vete á disponer
habitación á tu hermano,
y quédese este debate
para después.
TOM. Ya verás,
tu mismo te asombrarás.
ANT. (De remate, de remate). Vase por el foro.

ESCENA VIII.

DOÑA TOMASA

Mi pensamiento teórico
he de poner hoy en práctica.
Aquí hay papel; sin más prórroga
ordenaré al punto, rápida,
el arbitrio que benéfico
lleve adelante mi cábala.
Hoy se necesita un crédito,
y pues hay crisis metálica,
adoptaré de los próceres
la costumbre sistemática.
De esta operación rentística
no se libra ni la fámula.

ESCENA IX.

DOÑA TOMASA y JACINTO por el foro.

JAC. ¿Señora: dá usted su venia?
TOM. Marqués, viene usted de molde:
siéntese. Estoy formulando
en vista de las razones
poderosas que me asisten,
y ya con mi esposo acorde,
el arreglo introduciendo
desde hoy en la casa el orden
económico; la base
de un buen gobierno. En las Cortes
esto mismo llevan dicho
distinguidos oradores.
JAC. Es muy cierto.
TOM. Ese sistema
acaba con los derroches,
modera los sueldos pingües,
dá á ciertas cuentas un corte
y promueve la riqueza,

la vida de las naciones.

JAC. Muy bien, señora, sublime!
Ajajá, ahí está el golpe.

TOM. Con el permiso de usted
voy á terminar...

JAC. Yo dócil
á su mandato, aquí aguardo.

TOM. Por un momento.

JAC. (¿En qué trotes
se meterá esta señora?
A mí, como me reporte
ventajas... El casamiento
me salva. Como el bodoque
del marido no se oponga,
realizo mis ilusiones.
¡Qué lástima que el papel
esté en baja! ¡Qué demontre!
¿No venderá? Ese caribe
de sastre me descompone.

TOM. Ya terminé. Cuanto antes
salgamos del paso.

Toca el timbre y sale Manuela.

ESCENA X.

DICHOS y MANUELA.

TOM. Oye:
dí á don Tiburcio que suba
al momento, y á don Cosme,
y á mi sobrino, y ven tu
con ellos.

MAN. Bien.

TOM. Que os convoque
á todos es necesario.
No tardes.

MAN. Voy al galope.

ESCENA XI.

DOÑA TOMASA y JACINTO.

TOM. ¿Estuvo usted en la Bolsa?
JAC. Estuve.
TOM. El papel...
JAC. Bajando.
TOM. ¡Qué contrariedad! Deseo
deshacerme de esos cuatros,
aun con pérdida.
JAC. (Esperanza
renace.) Mande á su esclavo.

ESCENA XII.

DICHOS, D. SEBASTIAN, D. ANTONIO y RAFAEL por el foro.

ANT. Pasa chico.
TOM. ¡Sebastián! Cortada.
SEB. Hermana: ven á mis brazos.
TOM. ¡Hum!
SEB, ¿No me abrazas?
TOM. Repara
que delante de un extraño...
SEB. ¿Lo dices por el señor?
Sabiendo que soy tu hermano...
JAC. ¿Usted es?...
TOM. (¡Virgen de Atocha!)
SEB. Servidor.
JAC. (¡Uf! ¡qué ordinario!)
SEB. ¿Y se ríe? ¿El mono este
quien es?
ANT. Un marqués.
RAF. Un fatuo.
TOM. (Hay parientes que abochornan,
y este es un grosero, un zafio).

ESCENA XIII.

DICHOS y CARMEN.

CAR. ¡Padrino!
SEB. ¡Ven, buena alhaja!
Esta no tiene reparos,
pero tiene corazón.
CAR. ¡Qué alegria!
ANT. (¡Por Dios santo,
Tomasa!)
TOM. (No me prediques.)
ANT. (Disimula.)
TOM. (¡Vaya al diablo!)
ANT. (¡Uf, que genio, esta mujer
es mi castigo!)
SEB. Cuñado,
te marchas?
ANT. (Por no perder
la calma.) Dispensa. (Yo ardo,
y me voy por ser prudente
y no dar un espectáculo.)

ESCENA XIV.

DICHOS menos D. ANTONIO.

SEB. ¿Qué demonios pasa aquí?
CAR. Yo no sé.
RAF. No estoy en autos.

ESCENA XV.

DICHOS, y D. TIBURCIO, D. COSME y MANUELA por el foro.

TIB. Que la señora nos llama,
vino á decirnos la chica.

TOM. Si, llamé.
TIB Pues la señora
dirá qué...
TOM. Cosa muy nimia.
Mi sobrino dirá á ustedes...
yo ahora estoy ocupadísima...
Entérate Rafael
de este asunto, y comunica
á los demás, ya que á todos
os interesa... Ven, niña,
tienes que ayudarme.
CAR ¡Y solo
dejo á mi padrino!
TOM. ¡Hija,
nadie se lo comerá!
SEB. Es verdad. (¡Ay que hermanita!
Me están dando ganas de...)
TOM. Sebastian, hasta la vista.
Con su permiso marqués.
JAC. Hasta luego. Carmencita!...
(Saludando á las señoras.)

ESCENA XVI.

DICHOS menos DOÑA TOMASA y CARMEN.

TIB. Usted dirá.
RAF. Pues yo digo
que esto es una lotería. Leyendo el papel.
TIB. No comprendo...
RAF. ¡Es una ganga!
COS. Pero esplíquese.
RAF. ¡Por vida!...
¿Esto más? ¡Suerte cruel,
cuando aplacarás tus iras!
MAN. ¿Como es eso? Hable usted claro
de una vez.
RAF. Pues claro, hija,
que te acortan la ración

como á cada quisque.

SEB. (¡Atiza!)

MAN. No puede ser.

RAF. Pues aquí,
clara, terminante, explícita,
consta la dura sentencia
por su propia mano escrita.
Con el fin de proveer
á una atención imprevista,
para lo cual es forzoso
realizar economías
en los gastos de la casa,
entre otras varias medidas
de orden y arreglo interior,
en forma breve y concisa
enumeradas, dispone
mermar una parte alícuota
de nuestros sueldos.

TIB. ¡Canario!

COS. ¡Pero, señor, no hay justicia!

TIT. ¿Eso dice?

MAN. De alicuótas
no entiendo yo.

SEB. (¡Qué desdicha!)

RAF. Y esta parte, será un diez
por ciento.

SEB. ¡Jesús, María!...
¡Descuento á todo empleado!

TIB. ¡No me queda más que oir!

COS. ¡Yo, que no quise servir
por eso mismo al Estado.

MAN. Esa determinación
es injusta.

JAC. A Manuela. Punto en boca.
No te toca hablar.

MAN. Me toca
al interés.

TIB. No es razón
la tal rebaja.

MAN. ¡Es un grano
de anís!
COS. Si no se concilia...
Yo mantengo una familia
con lo muy poco que gano.
TIB. No, no cedo...
COS. Yo me voy...
TIB. Hágala usted comprender...
RAF. ¡Pobre de mí! ¿Qué he de hacer
si también víctima soy?
COS. Que revoque esa sentencia.
TIB. Háblela en nuestro favor.
RAF. Yo, no. Por Jacinto. Si acaso el señor
que es persona de influencia.
JAC. ¡Cómo, qué!
TIB. Con su amistad
tal vez consiga...
MAN. ¡Qué guasa!
TIB. Mire usted que hay en mi casa,
señor, gran necesidad.
COS. Interponga su interés.
JAC. ¡Jesús, y qué laberinto!
COS. ¡Don Jacinto!
TIB. ¡Don Jacinto!
JAC. ¡Dejadme!
TIB. ¡Señor marqués!
MAN. ¡Oiga!
JAC. Termine esta lid.
Yo me escurro. Váse por el foro.
TIB. Siguièndole. ¡Yo protesto!...
SEB. ¡Y para ver todo esto
he venido yo á Madrid!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

RAFAEL, sentado escribiendo unas papeletas que irá extendiendo sobre el velador, DOÑA TOMASA en una butaca frente á Rafael, CARMEN borda sentada al otro lado de sn primo y MANUELA en pié hablando con Doña Tomasa.

MAN. Usted me dirá, señora,
que se pone de principio.
TOM. Nada.
MAN. ¿Nada?
TOM. Desde hoy
es un plato que suprimo.
Hay que reducir los gastos,
atenerse á lo preciso,
y con un plato de sopa
otro plato de cocido
y unos postres... despachados.
Es alimento sencillo
é higiénico.
CAR. ¿Pero olvidas
que come en casa mi tio?
TOM. Comerá de lo que coman
los demás; yo no transijo
con ciertas costumbres, nada;
yo mi plan no modifico
por mi hermano ni por nadie,
que no tiene una el bolsillo
para atenciones superfluas:
el mercado está carísimo
y el arreglo de una casa
exige... A Rafael ¿No has concluido
de extender las papeletas?
RAF. Si señora.

TOM. A Manuela. Vé en un brinco
á ver á la secretaria,
ya sabes, la de Cubillos,
y le dices que disponga
el reparto á domicilio
de estos papeles, citando
á junta para el domingo.
Que no deje de asistir,
y que traiga puesta en limpio
el acta de la anterior
y las cuentas del Asilo.
MAN. Está bién.
TOM. Después, te pasas
por San Ginés y á Francisco
le preguntas á que hora
comienzan los ejercicios.
MAN. Bueno.
TOM. Desde allí te llegas
á la calle del Barquillo
y dices á la modista
que ha de nesgarme un poquito
la falda de raso. Espera.
MAN. Aún hay más?
TOM. Si: de camino
entra en la tienda de Orozco
que está...
MAN. Junto al Obelisco.
TOM. Dá un recado de mi parte,
y dile que con el chico
mande muestras de las telas
de más novedad. Vivito
y no tardes, que la mesa
ha de estar puesta á las cinco.
MAN. Corriente.
TOM. Y ya que de paso
te coge, dí á don Benito
que mande á casa el sombrero
que ví anoche: es amarillo
con cuatro plumas de cisne

y una rana.
MAN. (¡Qué bonito!)
TOM. ¿Qué dices?
MAN. Nada, señora.
TOM. Y ya estás de vuelta.
MAN. ¡Digo,
de vuelta ya! Ni en tres horas
despacho esos encarguitos.
TOM. Con media basta.
MAN. No soy
ferro-carril.
TOM. Anda, vivo.
MAN. (Cuántos lujos...)
TOM. No te marchas?
MAN. (¡Y suprime los principios!)

ESCENA II.

DICHOS menos MANUELA

TOM. No sé que tiene esa chica;
de unos días á esta parte
se ha vuelto tan respondona
y mira con tal empaque...
sólo piensa en componerse,
no limpia el polvo, ni barre
como una no le esté encima.
¡Qué servicio tan infame!
RAF. Aquí tiene usté el total
de todas las cantidades
que arrojan las supresiones
que establece usted. Le dá un papel.
TOM. Fijando la vista en el papel. ¡Diantre!
no es mucho; pero, algo es algo.
¡Hay tantas necesidades!
Ya vés tu que es de rigor
sostener un carruaje;
nuestra posición lo exige
tanto más, cuanto el enlace

de tu prima y el marqués
se halla próximo.

CAR. No sabes,
mamá, lo que me disgusta
que pienses en eso.

TOM. ¡Dale!
El estribillo de siempre:
yo lo mando, soy tu madre,
y porque asi te conviene
lo efectuarás al instante.

RAF. Mas reflexione usted, tía,
que si el novio no le place...

CAR. Voy á ser muy desgraciada...

RAF. Aun es muy niña y es fácil
hallar otra proporción.

TOM. No me vengas con ambages.
Yo lo mando, y en la casa
desde el más chico al más grande
han de obedecerme.

RAF. Eso
no lo juzgo razonable.

TOM. ¿Desde cuando el señorito
se atreve la voz á alzarme?
¿Quién le manda á usted meterse
donde no le llaman?

RAF. Carmen
es mi prima, por mis venas
circula su misma sangre,
y debo por su ventura
como primo interesarme.

TOM. El interés le agradezco;
pero, mientras tenga padres
sólo á ellos toca este asunto.
Mi esposo de mi dictamen
será también; por lo tanto
ni escusas ni lloros valen;
naciste para marquesa
y lo serás; ya lo sabes. Váse.

ESCENA III.

CARMEN y RAFAEL.

CAR. ¡Nací para marquesa!
Ya lo has oido.
RAF. Ya escuché la sentencia
de mi martirio.
¡Ay, Carmen, Carmen!
¿este pago merecen
nuestros afanes?
CAR. ¿Por qué á papá no hablas?
Yo no comprendo...
RAF. ¡Mi pobreza es la causa
de mi silencio!
CAR. Pues si me quieres
no permanezcas mudo:
vé que me pierdes.
Yo gozaba tranquila
de dulce calma,
hasta el punto en que oido
dí á tus palabras:
¡desde aquel día
crecen como la espuma
las ansias mías!
RAF. Calla, calla, no aumentes
Carmen mi pena;
¿no comprendes la angustia
que me atormenta?
¿Ver que no puedo
realizar la esperanza
de mis ensueños?..
¡Mal haya mi fortuna!
huérfano y pobre,
¿dónde hallarán consuelo
mis aflicciones?
Al mundo vano
no lo ablandan las quejas
del desdichado.
CAR. Desecha de tus duelos

la pena amarga
de otros tiempos mejores
con la esperanza,
que bienhechora
la esperanza es la estrella
de los que lloran.

RAF. ¡Otros tiempos mejores!...
no los esperes,
porque ciega y airada
la dura suerte,
de sus enojos
todo el rigor reserva
para nosotros.

CAR. ¿Cuál es nuestro delito?
¿cuál es la causa
de que en nosotros cebe
su furia insana?
¡Ah, ya comprendo!...
es lo mucho, bien mío
que nos queremos.

RAF. Si no es otro el motivo
de que los hados
sus rigores apuren
en nuestro daño,
¡oh, cuán injusta
nuestra dicha acibara
su saña cruda!
¿No ama el ave su nido?
¿no aman del bosque
la soledad las fieras?
¿no aman las flores?..
Mas si tus penas
son de tu amor el premio,
¡Ay! no me quieras.

CAR. ¿Y he de ver disipadas
mis ilusiones?
¡Desdichada es mi estrella!

RAF. Mi bien, no llores.

CAR. ¡Destino impío!

RAF. ¡Mira mis ojos, Carmen!
CAR. ¡Mira los míos!

ESCENA IV.

DICHOS y DON SEBASTIAN.

SEB. ¡Hola! ¿estais solos sobrinos?
Hallaros juntos me place.
Tú eres un gallardo mozo;
¿y qué diremos de Carmen?
Tienes un lindo palmito,
y unos ojuelos, y un talle,
y un... ¿no es verdad que está guapa?
Ven, y deja que te abrace.
¿Pero, qué es esto, hija mía,
has llorado? ¡Qué diantre!
¿Qué es lo que tiene? ¡También
estás tú de mal talante!
Pues, señor, en esta casa
sólo corren malos aires.
CAR. Muy malos, ¡ay! sí señor.
¿Verdad Rafael?
RAF. ¡Fatales!
CAR. Soy muy desgraciada, tío.
SEB. A ver, á ver, explicadme...
CAR. ¿Usted me quiere?
SEB. ¡Chiquilla!
¿en eso que duda cabe?
¡Qué si te quiero!... muchísimo;
¿y cómo no, siendo un ángel?
CAR. Si pudiéramos á usted
tenerle de nuestra parte...
SEB. Ya me teneis.
CAR. ¿Es verdad?
Pues voy á decirle...
RAF. ¡Carmen!
CAR. No pretendas que más tiempo
oculte nuestros afanes.

Rafael y yo nos queremos.
SEB. Haceis bien; y es innegable
que haceis muy linda pareja.
CAR. Pero el caso es que mi madre...
SEB. ¿Se opone á vuestros amores?
CAR. No señor, no: no lo sabe.
SEB. Pues se le dice.
CAR. ¡Ay, padrino,
si con otro vá á casarme!
SEB. ¿Con otro... á quién tú no quieres?
¿y quién es el aspirante?
CAR. Don Jacinto.
SEB. ¡Ah, ya! Ese mono
que mangonea y...
RAF. Cabales.
SEB. Eso no será en mis días.
Voy á armar un zipizape...
¿Y tú, por qué has ocultado?..,
RAF. Quedé muy niño sin padres,
soy pobre, y esta es la causa
de mi silencio.
SEB. Callaste
por... Rafael, tu conducta
prueba lo mucho que vales.
¿Conque mi señora hermana
trata de ese disparate?
Terminó vuestro quebranto;
hijos míos, alegrarse.
CAR. ¿Cómo, qué?
RAF. ¿Qué dice usted?
SEB. Que te casarás con Carmen.
CAR. ¿Si, tío?
RAF. ¿Apesar de?...
SEB. Sí:
á pesar de los pesares.
CAR. ¡Qué bueno es usted!
RAF. Mi dicha
pongo en sus manos.
SEB. ¡Casarte

contra tu gusto! Eso es
de lo más imperdonable...

CAR. ¿Verdad que sí?

SEB. Y esponerte
á una desgracia. ¿Tu padre
qué dice á eso?

CAR. No sé;
mas que se incline es probable
á la opinión de mamá,
porque aquí sólo se hace
lo que ella manda.

SEB. Muy bien:
así no podrá quejarse.
Entra y dile que la espero

RAF. ¡Cómo es eso? Vá usté á hablarle?...

SEB. Al momento. Estos asuntos
nunca deben demorarse.

RAF. Pero...

SEB. No temas: confía
en este viejo; dejadme.

CAR. ¡Qué bueno es usted!

SEB. Lo creo.

RAF. Usté es mi segundo padre.

ESCENA V.

D. SEBASTIAN, después DOÑA TOMASA.

SEB. ¡Pobres chicos! El demonio
sin duda inspira á mi hermana.
Esto por lo que barrunto
es un infierno. ¡Qué casa!
¡Qué laberinto! Esto truena...
Aquí es ella la que manda;
mi cuñado es un bendito,
y así, cada cosa marcha
por su lado. Mas no en valde
he venido á Madrid. ¡Cáspita!
Juro que he de atarla corto,

y si la chica se casa
será con su primo: el otro,
allá con su aristocracia
se las componga, que yo
quiero bien á la muchacha,
y sé que boda á la fuerza
tráe consecuencias amargas.

TOM. Hombre, celebro encontrarte.

SEB. Pues debes sentirlo, hermana,
porque vás á oir de mi boca
bien dichas, cuatro palabras.

TOM. Puedes empezar.

SEB. Soy franco:
apenas entro en tu casa,
cosas en ella estoy viendo
que... la verdad, me achicharran.
Dígalo el recibimiento
que me has hecho. ¿No te agrada
mi visita?

TOM. Si, hombre, sí.

SEB. ¿Pues entonces, por qué causa,
en vez de echarte en mis brazos
te encuentro tan estirada?

TOM. No fué falta de cariño,
y ante personas extrañas.....
Tu no estás en las costumbres
de la sociedad. Llegabas
con ese traje...

SEB. Este traje...
tienes razón, sí, contrasta
con el tuyo; el paño burdo
y la seda no amalgaman.
Mas no olvides el refrán
de la mona ataviada,
que no deja de ser mona
apesar de tantas galas.

TOM. ¡Sebastian!

SEB. Paso por alto
esto que no será falta

para tí; pero no paso
por otras cosas... ¡Caramba!
Todos aquí andan mohinos,
todos tienen mala cara;
á los pobres dependientes
que su pan sudando ganan
se lo mermas, y no es justo;
á tu hija de casar tratas
con ese chisgarabís
que sólo á tí te hace gracia;
lo que gana tu marido
á tu antojo lo malgastas;
y estás siendo mala madre,
mala esposa y mala hermana;
y esto ha de tener remedio.

TOM. Muy bien. ¡Tú sólo faltabas!
Parece que conjurados
estais todos; mi plan marcha,
y ni por tí, ni por nadie
variará de rumbo. ¡Vaya!
Si introduzco economías,
es porque quiero mi casa
gobernar como es debido;
que al fin, mi esposo lo gana
con mucho trabajo, ¡y hay
tantas atenciones, tantas!...
Respecto á lo de mi hija,
es mi deber procurarla
un buen esposo.

SEB. Muy bueno
lo puede hallar la muchacha,
sin tener necesidad
de que tú...

TOM. ¡Sebastián, calla!
Ella, niña, elegiría
á un cualquiera, á un tarambana,
y yo le he buscado un hombre
de apellido ilustre; fama
tienen sus antepasados,

y en su escudo se destacan
sobre campo verde y oro
dos ciervos y una calandria.
Es todo un marqués: marquesa
ha de ser.

SEB. Pero repara
que la chica quiere á otro
y no es fácil inclinarla...

TOM. ¡Qué quiere á otro!

SEB. A su primo.
Ya lo sabes.

TOM. ¡Virgen Santa!
Por eso aquí hace un momento
con tanto empeño apoyaba
los deseos de su prima.
¡Y yo pude ser tan cándida!
¡Yo que soy!..

SEB. Pues ahi verás:
al maestro, cuchillada.

TOM. Ya no extraño que la niña
demuestre tal repugnancia.
¡Oh! me las han de pagar
los dos.

SEB. Lo mejor, Tomasa,
es casarlos; si se quieren.
Mira, á mí me han dado lástima:
tanto que les he ofrecido
mi protección.

TOM. En mi casa
nadie manda más que yo.

SEB. ¿Sí? Pues ya que me echas plantas
lo veremos.

TOM. Lo veremos.
Tú, con tus costumbres rancias,
hoy te opones al progreso
de tu familia, y te engañas.

SEB. Yo lo que haré es impedir
tus proyectos, mentecata.
¿Piensas que con ser marquesa,

con eso sólo le basta
para ser feliz á tu hija?
¡si no hay cariño en el alma,
de que sirven los blasones.
y los trenes y las galas?
El flujo de aparentar
la cabeza te baraja.
¡Qué! ¿con hacerla marquesa
lo haces todo? ¿La rebajas
casándola con su primo
que es al único que ama?
A tí te alucina el boato,
tu esposo es un... papanatas,
y yo consentir no puedo
que dure más esta farsa.

TOM. ¿Y tú, quién eres?...

SEB. Yo soy
él que sostengo tu casa,
él que mantiene su crédito.
él que su hacienda empleada
tiene en manos de tu esposo,
el socio de mayor talla,
quien se juzga con derecho
de intervenir en la danza,
y quien por último, sabes
que es muy testarudo, hermana.

ESCENA VI.

DOÑA TOMASA.

¡Jesús, Jesús! ¿Qué le ha dado?
¡Válgame...cuanto improperio!...
pero... se le pasará;
yo conozco bien su genio.
En cuanto á los chicos, ¡quién
imaginara!... Yo debo
separarlos enseguida;
tener en casa no quiero

al Rafaelito; ya es hombre,
que se valga de su ingenio
y vaya á ganarse el pan
á otra parte. Es lo más cuerdo.

ESCENA VII.

DOÑA TOMASA y D. ANTONIO con varios papeles.

ANT. Tomasa, te ando buscando...
Pon á tus caprichos tasa;
vás mi caudal agotando:
vé que me estás arruinando
con tanto gastar, Tomasa.
TOM. Antonio, fuerza es que mudes
de opinión; no seas bolonio:
en vano á quejarte acudes,
pues los gastos á que aludes
son necesarios Antonio.
ANT. Pero mujer!...
TOM. No des voces.
que no hay un motivo tan...
ANT. ¿Y estas cuentas, no conoces
que son, mujer, más atroces
que las del gran Capitán?
¡Faldas de raso! A este paso,
yo no sé lo que me pasa.
TOM. ¿No me he de vestir acaso?
ANT. Me hace el efecto este raso...
TOM. ¿De qué?
ANT. De una bala rasa.
TOM. ¡Hombre, y eso te contrista!...
ANT. Pues digo, mujer, si sabes...
ahí tienes: suma esta lista
á favor de la modista;
nada... ¡cinco mil reales!
Y aún esta cuenta, por vida!
con calma hubiera sufrido
á no encontrarme en seguida

con esta nueva partida,
que me ha dejado partido.
Mira: cuenta del joyero,
quince mil. ¿Es esto justo?
yo rabio y me desespero,
pues tu, por cumplir tu gusto,
vás á reducirme á cero.
¡Mil duros! ¡un dineral!
derroche tan sempiterno
ha de causarnos gran mal,
no hay en el mundo caudal
que baste á tu gasto eterno.
Esto mi paciencia apura
pues me pone en grave apuro,
y haré la triste figura,
porque si más tiempo dura
voy á quedar sin un duro.

TOM. Esa opinión...

ANT. La sostengo.

TOM. Mas piensa que obrando así
yo tu decoro mantengo

ANT. ¿Pero tú juzgas que tengo
las minas del Potosí?
Ya es razón que el mal se ataje,
esposa.

TOM. Muy poco gasto
queda que hacer.

ANT. ¡Tanto traje!...

TOM. Ya tan sólo el carruaje.

ANT. (¿Vuelta al coche?... ¡A qué la aplasto!)
Mira, Tomasa: no quiero
jarana; paga tus cintas
y tus rasos, y al joyero:
aquí tienes el dinero... Dándole unos billetes.
Si quieres coche lo pintas.
Porque te advierto, Tomasa,
que hoy tus gastos satisfago,
mas si tu afán se propasa,
cuentas que vengan á casa,

ya lo sabes, no las pago.

ESCENA VIII.

DICHOS y JACINTO.

Al entrar tropieza con don Antonio que sale.

JAC. ¡Señor don Antonio!
ANT. ¡Oh,
don Jacinto!
JAC. ¿Qué tal vá?
ANT. Bien. Usted dispensará...
tengo prisa...
JAC, ¿Por qué no?
Aunque le quisiera hacer
una pregunta...
ANT. Otro día...
JAC. Sin embargo, á mí me urgía...
ANT. Ahi tiene usté á mi mujer.

ESCENA IX.

DOÑA TOMASA y JACINTO.

JAC. Señora, estoy á sus piés.
TOM. Adios, marqués, bien venido.
JAC. ¿Habló usted ya con su esposo
de nuestro asunto? ¿Qué ha dicho?
¿Seré tan afortunado
que el momento apetecido
llegue á lograr? Mi esperanza
está pendiente de un hilo.
TOM. Vaya, no tenga cuidado;
ya sabe usted que dedico
á ese asunto mi atención;
y si bien con mi marido
no tuve tiempo de hablar,
marqués, yo le garantizo
que es cosa hecha.

JAC. ¿De veras?
TOM. No dirá que no: lo afirmo.
Usted es un caballero
de modales distinguidos,
y su nobleza es notoria,
y en fin, nos honra infinito.
JAC. No continúe, señora,
haciendo mi panegírico.
Usted me elogia.
TOM. Es justicia.
JAC. Yo la agradezco infinito
la opinión que le merezco.
¡Si sucediera lo mismo
con Carmencita!
TOM. ¡Marqués!
JAC. Me pone semblante esquivo,
huye de mí; no quisiera
cuando es tanto mi cariño
verla tan fría...
TOM. ¡Es tan niña,
que dispensarla es preciso.
Ya vé usted, diez y seis años,
y apenas los ha cumplido.
A esa edad todas las chicas,
todas tienen sus caprichos,
no saben que las conviene;
á la mía ya le he dicho
que hallará en usté un esposo
consecuente, leal y digno.
JAC. Puede usted creer, señora,
que eternamente rendido
adorando su hermosura
encontrará á su Jacinto.
TOM. Lo creo, marqués, lo creo
y en sus palabras confío.
JAC. (Y yo en su dote; que tengo
cada inglés, cada conflicto...)
TOM. Pero hablando de otra cosa:
¿qué hay de mi encargo? No ha visto...

JAC. Dispense usted: me olvidaba
de hablarle del cometido
con que usted se sirvió honrarme.
Vi el coche.
TOM. ¿Si?
JAC. Nuevecito.
TOM. ¿Y cuanto piden por él?
JAC. Veinte mil.
TOM. Justo ese pico
me parece que aquí tengo.
Sacá los billetes que le dió don Antonio.
Precisamente, sí; cinco.
Todos son de á cuatro mil.
Tenga, pague y queda mio
el carruaje. Dispense
si en tanta molestia insisto.
JAC. Usted mande, que yo dócil
á sus órdenes... (¡Dios mio,
mil duros! De aquí á la timba...
Con esto me armo.)
TOM. Es preciso
procurarnos ahora un tronco
de buena estampa.
JAC. Un amigo
tengo que entiende en caballos,
y con un acierto... (¡Digo,
como que los gana dobles
y triples!)
TOM. Pues déle aviso
á ver si nos proporciona...
JAC. Descuide usted.
TOM. ¿No ha subido
el papel?
JAC. Por el contrario,
sigue bajando. Hay indicios...
pero indicios nada más.
TOM. Pues esté usted prevenido,
y á la primer coyuntura
vendemos.

JAC. Con su permiso
voy á ver si ajusto el coche.
TOM. Bien: si encuentra á mi marido
no diga... es una sorpresa
que espero darle.
JAC. Le afirmo
que por mí no sabrá nada.
Hasta luego.
TOM. Adios, Jacinto.
JAC. (Estos veinte mil reales
me sacan de compromisos.)

ESCENA X.

DOÑA TOMASA.

Bueno: ya tenemos coche.
ahora pensar es preciso
en lo demás; Rafael
estorba. ¡Diantre de chico!...
Lo mejor será ponerle
en la calle, que estos niños
se suelen apasionar
y luego... ¡Pero qué miro;
él viene aquí: cuanto antes
salgamos de este conflicto.

ESCENA XI.

DOÑA TOMASA y RAFAEL.

TOM. ¿Qué vienes á hacer aquí?
RAF. Nada, buscaba á mi tío.
TOM. Salió; pero ahora que solos
estamos, te notifico
que me tienes disgustada,
muy disgustada: he sabido
que ingrato á nuestros favores.
obrando de un modo inicuo...

RAF. ¡Qué escucho!
TOM. Pretende usted
sacar á mi hija de quicio.
¡Era poco en esta casa
darle albergue desde niño:
Nada tengo, nada soy...
se dijo usted y atrevido
el corazón de una niña,
corazón harto sencillo,
supo engañar; pero yo
que soy su madre, que cuído
de su porvenir y veo
ese proceder indigno,
le pongo á usted de patitas
en la calle; pues, clarito!
RAF. ¡Tía!..
TOM. Yo no soy su tía,
no quiero tales sobrinos.
RAF. Si en el amor vé usted culpa,
yo confieso mi delito.
Lejos iré de esta casa
donde mi infancia ha corrido,
mas para obrar de ese modo
jamás he dado motivo.
Si á Carmen quiero y me quiere,
si es su recuerdo querido
lo que en el mundo tan sólo
presta á mis penas alivio,
no tiene nada de extraño;
¿acaso desde muy niños
no acostumbraron sus ojos
á reflejarse en los míos?
Usted podrá dar á Carmen
á gusto de usted marido,
sacrificar su ventura
por la miseria de un título,
mas sepa usted que la paz
del alma, el apetecido
bienestar, sólo se encuentra

arraigado en el cariño.
TOM. ¡Cualquier cosa! antigüedades,
restos del romanticismo.
Son las cuatro, que á la noche...
ya me entiendes. (¡Pobrecillo!
me dá lástima! mas cómo
ha de ser? ello es preciso.)

ESCENA XII.

DICHOS, MANUELA, con cajas y muestras.

MAN. Traigo el sombrero y las muestras;
á las seis los ejercicios;
la modista, que la falda
mandará mañana mismo;
muchas memorias de Orozco;
la Secretaria ha parido...
TOM. ¿Y qué tiene?
MAN. Macho y hembra.
TOM. ¡Dos gemelos!
MAN. Dos mellizos.
¿En dónde dejo la carga?
TOM. Ven allá dentro conmigo.

ESCENA XIII.

RAFAEL, después DON SEBASTIAN.

RAF. ¿Qué es esto que por mí pasa?
¡Yo tal afrenta! ¡Arrojado
como si fuera un malvado
para siempre de esta casa!
¡Cuán amargo es mi destino!
¡Amor, esperanza, fé!...
Tío... Viendo á D. Sebastián y arrojándose en sus brazos.
SEB. Todo lo escuché
trás esa puerta, sobrino.
No te apures y en mí fía;

no sé como me contuve
al oir... es una nube
calamitosa tu tía.
Nunca creí que llegara
su locura á tal extremo.

RAF. Perder á mi Carmen temo.

SEB. Oye: mírame á la cara.
¿Crees por ventura que yo
consentiré, ¡voto al Drake!...
que venga ese badulaque
y case con ella? No.
Antes promuevo la lid.
y sin tenerla piedad
hago una barbaridad
que suene en todo Madrid.
Que aunque tengo buena pasta,
y me ves así, sencillo,
también tengo mi puntillo;
soy aragonés, y basta.
Lo que yo quiera ha de ser.

RAF. Su protección agradezco.
Yo tanto bien no merezco.

SEB. ¿Pues no la has de merecer?

RAF. ¿Olvida mi posición?

SEB. Es cierto que es algo triste.
pero hijo, ¿quién resiste
la fuerza de la pasión?
Valor y esperanza ten,
eso no aumente tu cuíta;
Dios, con bondad infinita,
protege al hombre de bien.

RAF. Pero...

SEB. Perdón si te atajo:
sé por experiencia, chico,
que cualquiera se hace rico
con la virtud del trabajo.
Cásate, pues, y al avío;
por de pronto sabe ya
que nada te faltará

mientras aliente tu tío.
RAF. ¡Gracias!
SEB. No me hables así;
era mi hermana tu madre,
y hacer las veces de padre
no es más que un deber en mí.

ESCENA XIV.

DICHOS y CARMEN

CAR. ¡Ay, tío, qué desgraciada
he nacido!
SEB. ¿Qué sucede?
CAR. Que mi madre está furiosa;
acaba de reprenderme,
pues por usted ha sabido
que ha tiempo Rafael me quiere.
SEB. Si eso es todo, no te apures,
yo permanezco en mis trece.
CAR. Trata de activar la boda:
luego el marqués vendrá á verme,
querrá hablarme; de este apuro
le ruego á usted que si puede
me libre.
SEB. Descuida, hija;
yo veré á ese mequetrefe,
y á tu padre y á tu madre;
la calma á tu pecho vuelve,
no en balde soy tu padrino
y me interesa tu suerte.

ESCENA XV.

DICHOS y MANUELA

MAN. Bueno, con Dios; por la puerta
se vá á la calle. ¡A vivir!...
SEB. ¿Que es eso?

MAN. Que la señora...
¡ahí es un grano de anís!
después que me tiene hecha
un azacán, por cumplir,
andando de ceca en meca
cruzando todo Madrid,
sin fundamento me pone
como hoja de perejil.
Yo no aguanto más; no aguanto,
no señor; ¡vaya un trajin!
que busque otra que la sufra:
yo no la puedo sufrir.

ESCENA XVI.

DICHOS y DON COSME

COS. ¡Válganme, señor, los cielos!
CAR. ¿Qué le aflije á usted don Cosme?
COS. Señorita, que su madre,
no contenta con la orden
que dió para descontar
el décimo de mis goces,
me notifica ahora mismo
más baja en mi pre. Conforme
yo no puedo estar, no puedo,
tengo dos niñas mayores,
mi mujer, un chiquitín,
y una nodriza que come
más que todos juntos; esto
es asesinar á un hombre.
SEB. (¡Cuando digo que esta casa
es la de Tócame-Roque!)

ESCENA XVII.

DICHOS y DON TIBURCIO.

TIB. ¡Qué ingratitud! ¡Con seis años.

de inmaculados servicios!
¡Quién ayer me lo dijera!

SEB. (¡Adiós, otro cataclismo!)
¿Qué le aqueja á usted? ¿trocóse
su sueldo máximo en mínimo?

TIB. ¡Más que en mínimo, señor,
por que se me ha despedido!

SEB. ¿Por qué causa?

TIB. La señora....
pues, carece de efectivo...,
de metálico, y queriendo
economizar, ha dicho
que estoy de más en la casa,
que ella llevará los libros.

SEB. (Nada, nada; en que está loca
cada vez más me confirmo.)

ESCENA XVIII.

DICHOS y DON ANTONIO, seguido de DONA TOMASA.

ANT. ¡Esta mujer es fatal!

TOM. Hombre escucha.

ANT. Quita.

SEB. Procurando detenerle. ¡Eh!
¿A donde vás?

ANT. No lo sé;
al viaducto, ó al canal!

Se encasqueta el sombrero y sale disparado por el foro.

ESCENA XIX.

DICHOS menos DON ANTONIO.

SEB. ¿Y tú, me dirás, Tomasa,
qué es lo que os ha sucedido?

TOM. Pues nada; que mi marido
dice que arruino la casa
porque, como fondos quiero,

introduzco economías.
Nada en suma.

SEB. Tus manias,
no las cura, no, el dinero.
Y en vano será que luche
por convencerte criatura:
que tu mal, sólo lo cura
una ración de acebuche.

TOM. ¡Insolente!

SEB. ¡Poco á poco,
hermana; que si has creido
que yo soy cual tu marido.
te engañas!

TOM. ¡Ay, qué sofoco!...

SEB. Ni tú sabes gobernar
tu casa, ni él tiene bríos...
yo debo tus desvaríos
por vuestro bien evitar.
Y pues que ni tú ni él
sabeis caminar derecho,
yo os gobernaré.

MAN. Bien hecho!

TOM. ¿Y te atreves?...

SEB. Rafael:
de aquí no sales.

TOM. Fuera de sí. ¡Grosero!
¡Palurdo!

COS. (Esto se complica.)

SEB. Y te casas con la chica...

TOM. ¿Por qué razón?

SEB. Porque quiero.
Los demás continuarán
como hasta aquí.

TIB. ¡Qué alegría!

SEB. ¡Abajo tanta anarquía!

MAN. ¡Que viva D. Sebastián!

TOM. ¡Me ahogo... Asesinos!...
Cae desmayada sobre una butaca.

CAR. ¡Socorro!

¡El ataque!... ¡Por favor — A don Tiburcio.
corra en busca del doctor.

RAF. Corra usted, hombre. Empujándole.

TIB. Ya corro.

CAR. Pronto, pues si se retarda...

SEB. Con sorna. Traiga usted de paso el óleo.

CAR. Gritando. ¡Agua! Manuela se dispone á salir.

SEB. Deteniéndola. ¡Qué agua! ¡Petróleo!
¡Pegarle fuego y que arda!

Telón rápido.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

MANUELA, que sale de la habitación de doña Tomasa con servicio de té en la mano y D. SEBASTIAN por el foro, que figura entrar de la calle.

SEB. Oye, chica.
MAN. Mande usted.
SEB. ¿Cómo sigue tu señora?
¿Le ha repetido el ataque?
¿Se le aplacó la hidrofobia?
Contesta.
MAN. Ya está mejor;
de tomar acaba ahora
la sexta taza de tila.
SEB. ¡La sexta!
MAN. ¡Si es tan nerviosa!..
SEB. ¿Y tú crees que tiene algo?
Está muy sana y muy gorda.
No los nervios, el coraje
y la bilis la sofocan.
¿Habeis comido?
MAN. ¡Comer...
y con esta trapisonda!
No señor; y ya estará
hecha un engrudo la sopa.
¿Usted quiere que le sirvan?
SEB. No; yo he comido en la fonda.
¿Volvió tu amo?
MAN. Volvió
cuando apenas la señora
del síncope se repuso.
El llegó con cara fosca,

pero enterado del lance
comenzole la zozobra;
y como ella le domina,
y él tiene el alma de alcorza,
y ella pintó de tal modo
la situación de la cosa,
el amo, que es un bendito,
y que se alarma y trastorna
cuando así la vé, le dió
la razón, y aún prometiola
acceder á sus deseos
en todo y por todo. Ahora
comprenda que, por lo dicho,
todo seguirá en la forma
que estaba. Su intervención
para todos provechosa,
no nos servirá de nada.

SEB. ¡Quién sabe!

MAN. Si usted no logra
volver otro al amo... y eso
es tan imposible! Toma,
como que genio y figura...

SEB. Si, ya lo sé; pero importa
que le digas que le espero;
que he de hablar con él á solas.

MAN. Dele usted duro.

SEB. Descuida.

MAN. Lo necesita... ¡Es tan posma! Váse.

ESCENA II.

D. SEBASTIAN.

A ver si nos entendemos
de una vez; á ver si hay modo
de que mi señora hermana
desista de su propósito.
Lo primero es al marido
hablarle; y hablarle gordo:

decirle que como padre
debe atender al reposo
y bienestar de su hija,
que es lo primero de todo,
si señor, ya que la madre
tan falta está de meollo,
que sueña con marquesados,
olvidando que es impropio
de su condición humílde
meterse en esos embrollos.

ESCENA III.

D. SEBASTIAN y D. ANTONIO,

ANT. ¿Me llamabas?
SEB. Si por Dios.
Puedes asiento tomar,
porque tenemos que hablar
extensamente los dos.
ANT. ¡Hombre, ese tono!...
SEB. Este tono,
te demostrará, cuñado,
que me tienes irritado
con tu constante abandono.
ANT. Empiezas de un modo... yo,
chico, no he dado lugar...
SEB. No te quieras disculpar
que no me convences, no.
ANT. ¿De qué tu labio me inculpa?
¿Acaso porque Tomasa?...
SEB. De todo lo que aquí pasa
tú solo tienes la culpa.
Tu debilidad notoria,
ese apocamiento eterno,
han convertido en infierno
lo que pudiera ser gloria.
Si tu mujer sigue así,
si tu no te impones...

ANT. ¡Yo!
¡Yo lidiar con ella! No,
porque me tíene hasta aquí.
¡Es su carácter!...
SEB. Ya veo;
y el tuyo, segun presumo...
ANT. Es opuesto, y me consumo...
SEB. Y así estás; hecho un fideo.
ANT. ¿Y qué remedio?
SEB. ¡Arrojar
la bilis, voto al demonio!
ANT. ¡Pero Sebastián!...
SEB. ¡Antonio!...
ANT. ¿Y la calma del hogar,
y la paz?
SEB. ¡Dála al diablo.
Al casaros, dí, criatura,
acaso no os leyó el cura
la Epístola de San Pablo?
Es del marido deber
á la esposa apoyo dar,
y obediencia ha de prestar
al marido, la mujer.
ANT. Lo leyó tan de corrido,
que ella tiene la evidencia
de que eso de la obediencia
lo dijo por el marido.
SEB. Nada: aquí lo censurable
es tu genio, tu apatía,
ANT. Pero hombre: si cada día
está más inaguantable.
Se ha vuelto esquiva y gruñona,
y es egoista sin tasa,
y no cuida de la casa
por cuidar de su persona.
Me arruinan sus perifollos,
¡qué lujo! no es para dicho;
ahora le ha dado el capricho
de lucir entre los pollos.

Por figurar pierde el seso,
¡y se pinta la insensata!
¡y hasta se ha vuelto beata!
Tú no sabes lo que es eso!!
No hay sermón, misa ó novena
en que ella no esté presente;
¡qué buena! dice la gente;
y yo repito; ¡qué buena!
En mesas de petitorio
la vés por lo regular,
pidiendo para sacar
ánimas del Purgatorio;
y en su continua manía
tiene memoria tan flaca...
¡tantas almas como saca
y se olvida de la mía!
En toda hermandad impera
y ya es socia secretaria,
ó presidenta honoraria,
ó vocal, ó tesorera.
Que es modelo de virtud
afirman los timoratos,
y á mi me tira los platos
y me quita la salud.

SEB. ¡Y tú lleno de temor
la aguantas!

ANT. Yo sufro y callo;
y tú en mi lugar...

SEB. Yo estallo
y arde Troya, si señor.

ANT. Contradecirla no quiero,
porque su estado nervioso...

SEB. ¿Sabes que eres un esposo
que vale cualquier dinero?

ANT. ¿Y te ríes?

SEB. Cosa es clara.
¿No ha de provocar á risa
esa actitud tan sumisa
que ha de costarte tan cara?

Recobra la dignidad;
de tu hija el matrimonio
no consientas. que es, Antonio,
contrario á su voluntad.
Mira que formal te hablo,
medita sobre este punto:
mira, Antonio, que barrunto
que os vá á llevar el diablo.

ANT. ¡Sebastián, vana porfía!
¿quién contiene su derroche?
¿quién evita lo del coche,
que es su constante manía?
¿Cómo oponerme á ese enlace?
¿Cómo al plán que se ha propuesto?
No adelantaré, ni esto...
La conozco, y sé que hace
como dos y uno son tres
todo cuanto haya pensado.

SEB. ¡Me dejas más que admirado.
Esto es el mundo al revés.
¡En qué posición te pones!

ANT. Cierto: estoy entre dos aguas.

SEB. Anda, ponte unas enaguas
y suelta los pantalones.

ANT. ¿Bromitas?

SEB. ¡Vaya unas bromas!
Pues no tienes energía,
póntelas, por vida mía,
y con tu pan te lo comas.

ANT. ¡Sebastián!

SEB. ¡Antonio, qué!
Ya me irrita cuanto pasa.

ANT. Piensa que estás en mi casa.

SEB. ¿Y te estorbo? Pues me iré.

ANT. Yo no he dicho...

SEB. Yo lo digo.

ANT. Pues bien, como gustes.

SEB. Claro!
Oye, mis fondos separo,

no quiero cuentas contigo.
ANT. ¡Cómo! Repara...
SEB. Estoy sordo.
ANT. Vé que ha de pesarte.
SEB. Bueno.
ANT. ¿Conque al fin damos el trueno?
SEB. Cabales; el trueno gordo.
Mis cuentas: al fin y al cabo
en qué negocias no sé.
ANT. Voy á dártelas aunque
me quede sin un ochavo.
SEB. Y pronto.
ANT. Al punto. A mis males
estos disgustos faltaban. Váse.
SEB. Esto acaba, como acaban
los fuegos artificiales.

ESCENA IV.

DON SEBASTIAN y RAFAEL. Después CARMEN.

RAF. ¿Tío, qué ha hecho usted?
SEB. No sé;
reventar, que ya estoy harto
de ver las ridiculeces
de esta gente.
RAF. ¡Y en qué estado
nos deja usted!
SEB. ¿Qué he de hacer?
RAF. ¿Cómo salir del pantano?...
CAR. Saliendo. Tio!
SEB. (¡La otra! El refuerzo
aumenta. ¡Pobres muchachos!)
CAR. ¿Qué me cuenta usted de nuevo?
Sé que habló á papá.
SEB. ¿Sí? Vamos,
¿pues que he de contarte hija?
Que no hay remedio y me largo.
CAR. ¿Qué se vá usted? ¡Ay entonces!

SEB. ¡Qué quieres! Ponte en mi caso.
Tu madre está hecha una fiera,
olvida que soy su hermano;
tu padre... tu padre, hija,
es un bienaventurado
que sólo el verlo me irrita.
Le hablé, pero ha sido en vano;
le puse de manifiesto
lo serio del lance, el paso
imprudente que mi hermana
dará si te casa y... claro,
sin ablandar aquel pecho
que por duro juzgo mármol:
escuchome indiferente,
y de suplicarle harto,
rompí con él; de su caja
hoy retiro mis ochavos
y me voy para mi pueblo.
donde encontraré descanso.
CAR. Nos deja usted!
SEB. Yo ya hice
cuanto estuvo de mi mano.
Mi intención ha sido buena.
¡Ah! respecto á tí, he pensado
que me acompañes; allá
quiero que cuides con tacto
de mis asuntos.
RAF. Yo, tío,
le agradezco favor tanto,
pero alejarme de Carmen
es darme muerte.
SEB. ¡Canastos!
¿Y cómo lo componemos?
CAR. Yo sin mi primo no hallo
tranquilidad; no podré
por más que quiera olvidarlo.
RAF. Juntos corrió nuestra infancia.
CAR. Yo mi corazón le he dado.
RAF. Yo no ambiciono más bienes.

CAR. Sin él viviré penando.
RAF. El gozo suyo es mi gozo.
CAR. Su desventura mi llanto.
SEB. Y yo voy á hacer pucheros
si continúo escuchándoos.
Tranquilizaos: vuestra suerte
me interesa, ¡qué diablo!
Haremos la última prueba,
olvidaré lo pasado,
le suplicaré á mi hermana,
contendré mi genio; el paso
que voy á dar me disgusta,
pero por bien empleado
lo daré, como consiga
mitigar vuestro quebranto.
CAR. ¡Gracias!
RAF. Pero y si se niega...
SEB. Si se niega... no sé: el caos.

ESCENA V.

DICHOS y JACINTO, por el foro.

JAC. ¡Señores!...
SEB. (¡El mono!) Vuelvo. Vase.
JAC. (¡Qué groserote, y qué zafio!)
Adorable Carmencita...
CAR. Con su permiso. Vase.
JAC. (¡Canario!)
¿La señora?...
RAF. No lo sé. Vase.
JAC. Pues señor, bien. Aquí aguardo.
Ese demontre de tío
me mira de un modo raro.
La niña, cual de costumbre
huye más lista que un galgo
cuando me vé, y el primito
como siempre, seco, huraño.
No ha de preocuparme esto;

yo ya sé que no soy santo
de devoción de ninguno
de los tres. La mamá en cambio
está de mi parte. Ahora
hay que mirar como salgo
del compromiso en que estoy...
Perdí doce mil realazos!
Es preciso con los ocho
que quedan recuperarlos.
¡Maldito juego! Comprendo
que hice mal... pero son tantos
los ingleses que me apremian!...
Estube muy desgraciado,
se me negaron tres sotas,
y luego aquel rey de bastos!..
¿Y qué digo á esta señora?
Audacia Jacinto, y ánimo.
Por de pronto hay que inventar
un cuento; después, con tacto...
¡Un par de cartas, Dios mío,
tan sólo un par y me salvo.

ESCENA VI.

DICHOS, DON COSME y DON TIBURCIO.

Cos. ¡Nos persigue la desgracia!
Jac. ¡Hola! temprano se sale
del trabajo.
Tib. Más temprano
saldremos en adelante.
Jac. ¿Pues cómo?
Tib. Es de presumir.
Jac. No comprendo.
Tib. Con misterio. ¿Usted no sabe?..
Jac. ¿Yo? Nada.
Cos. Con misterio. Esto se concluye...
Jac. ¿Qué dice?
Tib. Qe hay novedadnes.

Cos. Pero usted sabrá, que es íntimo...
Jac. Vamos, no hagan más visajes.
Tib. ¿De veras, que usted no tiene?..
Cos. ¿Es cierto que está ignorante?..
Jac. Pero señores, por Dios,
acabarán de explicarme?..
Cos. Don Antonio... es un secreto...
Tib. No se lo diga usté á nadie.
Jac. Descuiden.
Tib. No se trasluzca
que por nosotros...
Jac. ¡Diantre!
terminen ya de una vez.
Cos. ¡Se vá á armar un zipizape!...
Tib. Don Antonio, quiebra.
Jac. ¡Hombre!
¿Lo dice usted por burlarse?
Tib. Buena burla nos dé Dios:
no tiene quien lo levante.
Jac. ¿Pero, la causa?....
Cos. Oiga usted:
Yo no sé si usted ya sabe
que ese señor que ha llegado
esta mañana...
Jac. ¿El vinagre
de don Sebastián?
Cos. El mismo;
tiene aquí sus capitales...
Tib. Y como ahora los retira...
Cos. Queda don Antonio in albis.
Tib. Mañana, unos pagarés
vencen...
Cos. Como no es probable
el pago...
Tib. Será inmediata
la protesta.
Cos. No hay escape.
Tib. De aquí, el crédito perdido...
Cos. Andarán los tribunales

de por medio...
TIB. Y habrá embargo...
COS. Y escándalo...
JAC. (¡Zape, zape!)
No me llega la camisa
al cuerpo) ¿Mas cómo?..
TIB. ¡Un angel
es el señor don Antonio!
COS. Aquí la sola culpable
es su esposa.
TIB. Por su causa
hoy ocurre este percance...
COS. ¡Porque es más derrochadora!..
JAC. ¿Es decir, que están... tronatis?
TIB. Y tan tronados.
JAC. ¡Yo imbécil,
que me prestaba á casarme
con su niña!
TIB. ¡Qué locura!
COS. No haga usted tal disparate.
JAC. Gracias á ustedes, señores,
me libro de que me atrapen.
COS. ¡Buena boda!
JAC. (Estoy que trino.
Hay que tomar el portante.)
TIB. Conque, nosotros nos vamos;
suplícole á usted que calle.
COS. No se dé por entendido;
esto debe reservarse...
JAC. Descuide usted.
TIB. Señor mio,
hay golpes que son fatales.
COS. Aquí me tiene uste á mí
con larga prole, y cesante;
mírese usted en mi espejo:
no se case, no se case.

ESCENA VII.

D. JACINTO.

Vamos á cuentas, Jacinto:
hay que meditar con calma;
la noticia de esa quiebra
todo mi plan desbarata.
Si esta gente viene á menos
y yo no tengo una blanca,
¿cómo me caso? ¡Imposible!
¡Cuidado que estoy de malas!
En buen lío me he metido;
¿pero no será acechanza
de la familia? Ese tío
no me vé con buena cara;
tal vez se me tienda un lazo
por ver si caigo en la trampa.
¡La quiebra!.. tan de repente...
sin verla venir... me escama.
¡Cautela, mucha cautela!
¿Cómo saber si es exacta
la noticia? ¡Ah, ya! !Que idea!
Si en tal compromiso se halla
don Antonio, es natural
que para el pago mañana
de ese vencimiento, acuda
á cuanto tiene en la casa.
En poder de su señora
hay valores, pues que trata
de negociar unos cuatros:
si yo le digo que en alza
se encuentra el papel, y ella
me encarga vender, no hay nada:
mas si se retrae, entonces
se descubre la maraña.

ESCENA VIII.

DICHO y DOÑA TOMASA,

TOM. ¡Don Jacinto! ¿Usted aquí
y sin pasar nadie aviso?
JAC. Llegué ha poco.
TOM. ¿Y nadie quiso
anunciarle, no es así?
Desde que puso los piés
en mi casa ese taimado,
ese hermano condenado,
todo nos sale al revés.
Vino á turbar mi reposo,
y á tal extremo lo lleva,
que á los criados subleva,
me indispone con mi esposo,
y hasta se opone al enlace
de usted.
JAC. ¡Qué escucho, señora!
¿Salimos á última hora
con que la boda no place?
¡Y yo inocente!..
TOM. Señor,
déjeme usted acabar.
JAC. ¡Quién lo creyera, pagar
de esa manera mi amor!
TOM. Pero escuche usted, cristiano;
él nada aquí significa,
y mi esposo, de la chica
le concede á usted la mano.
JAC. ¿Será posible? ¡Oh, ventura!
¿Es realidad, no es un sueño?
¿Voy por fin á ser el dueño
de tan perfecta hermosura?
Del indisoluble lazo
trataremos...
TOM. Esta noche.
Y diga usted: ¿qué hay del coche?

JAC. (Aquí pego el batacazo.
Audacia). ¿Del coche?
TOM. Sí.
JAC. Pues nada; lo hemos perdido...
TOM. ¡Perdido!
JAC. Estaba vendido
cuando á comprarle acudí.
Pero no le cause pena
porque otro igual encargué;
en cambio ya tiene usté
un tronco... de estampa buena,
pero buena; es alazán
¡qué alzada; y luego una crin!..
son dos caballos, en fin,
de los pocos que se dan.
Ahí, en un monte vecino
pastando los he dejado.
TOM. ¿Y el importe?..
JAC. Lo ha cobrado
un banquero. (El del Casino.)
TOM. Digo, cuanto...
JAC. ¡(Cómo aprietas!)
No mucho.
TOM. Siendo tan bellos...
JAC. Una ganga: dí por ellos
cabales tres mil pesetas.
TOM. No son caros, no señor.
JAC. No, qué han de ser? (Me acogotas
si te digo que tres sotas
y un rey de bastos... ¡horror!)
TOM. Voy al momento á ordenar
á Carmen que venga aquí.
JAC. No la moleste por mí:
de otro asunto hemos de hablar.
(Abordemos la cuestión).
TOM. Usted me dirá.
JAC. Señora,
gran noticia: á última hora
subió la cotización.

TOM. ¿De veras?
JAC. No es zarandaja:
y cinco enteros por junto.
Si quiere vender, al punto,
antes que venga la baja.
TOM. ¿Y á qué ese cambio es debido?
JAC. Al haberse ayer firmado
con... el Mogol, un tratado
de... exportación de embutido.
TOM. Pues por los títulos voy:
espere usté unos instantes.
JAC. (Era farsa. ¡Habrá tunantes!)
TOM. Y me los vende usted hoy.

ESCENA IX.

D. JACINTO.

¿Qué tal, eh? Si no soy listo
me trago lo de la quiebra,
escurro el bulto y me quedo
á la luna de Valencia.
De seguro fué un ardid
del palurdo; le molesta
mi casamiento, y por eso
quiere jugarme una treta.
¿Y no es ahora un compromiso
si no realizo la venta
de ese papel?... ¡Qué demonio,
prosigamos la comedia!
Mañana se lo devuelvo,
añadiendo por contera
que no me informaron bien,
que la subida no es cierta.

ESCENA X.

JACINTO y RAFAEL. Después DOÑA TOMASA.

Rafael aparece por el foro, al ver á Jacinto se detiene, y al aparecer doña Tomasa se oculta trás la puerta de la habitación del segundo término izquierda.

RAF. ¡Aún no se marchó! ¡Y mi tío
que está esperando el momento
de hablar á su hermana!... ¡Ella!
Aquí me oculto.

TOM. Con valores. Le entrego
diez mil duros nominales.

JAC. (¡Una fortuna!)

RAF. (¿Qué es esto?)

TOM. Venda usté inmediatamente;
la subida aprovechemos.

RAF. (¿La subida y está en baja?)

TOM. Y no olvide que le espero.

JAC. Voy al punto. (Tentación,
aparta! ¡Cuánto dinero!)

TOM. Procure usted que la suma
venga en billetes.

JAC. Comprendo.

TOM. No hay necesidad...

JAC. Dirigiéndose á la puerta. Ya estoy.

TOM. ¿Y se vá usted sin sombrero?

JAC. ¡Ay! es verdad...

TOM. Dándoselo. ¡Qué cabeza!

JAC. (Ya no sé lo que me pesco.)

Toma el sombrero y al salir tropieza con Don Sebastián que entra al propio tiempo.

SEB. ¡Hombre, cuidado!

JAC. Dispense.

Doña Tomasa al ver á su hermano, le vuelve la espalda con marcado disgusto; Rafael aprovecha este momento para salir al encuentro de D. Sebastián, y le diee:

RAF. Ahí la tiene. Yo los dejo.

Sale con precipitación por el foro.

ESCENA XI.

DOÑA TOMASA y DON SEBASTIAN

SEB. ¡Aquí está! Dios me dé calma,
por que necesito mucha!
¿Tomasa, cómo te encuentras?
TOM. No sé.
SEB. ¿Te pasó la angustia?
No me respondes, hermana?
TOM. Hermana? No lo fuí nunca...
SEB. Mira, que vengo de paz,
tu imaginación se ofusca;
si te ofendí, te suplico
me dispenses.
TOM. Con disculpas
tratas de enmendar ahora...
SEB. Pero, mujer, si te atufas...
Perdona mi ligereza,
no fué mi intención....
TOM. En suma;
¿qué es lo que quieres?
SEB. Rogarte
no me pongas faz adusta,
y como buenos hermanos
hablemos.
TOM. Corriente.
SEB. Escucha:
voy á esponerte una idea
que en beneficio redunda
de la familia: ya sabes
que soy solo y tengo algunas
tierras, que allá en Aragón
acrecientan mi fortuna.
Como ya soy viejo, quiero,
meditando con cordura,
partir entre mis sobrinos
mi dinero y mis tahullas.
¿Qué te parece?
TOM. Muy bien.

SEB. De Rafael la ventura
haré con esto; ese chico
sin amparo, sin ayuda...
TOM. Nada le faltó en mi casa.
SEB. Su madre era hermana tuya,
y mía; y como que aquí
le cerrais la puerta...
TOM. Nunca,
si no sirviera de obstáculo
para mis planes.
SEB. Calcula
si no hago bien al dejarle
mejorado de fortuna.
De mis bienes, nueve partes
dejo al chico.
TOM. ¡Santa Ursula!
SEB. Y la décima á tu hija.
TOM. No hay compensación.
SEB. (Ya bufa.)
¿Tú quieres, que por igual
disfruten los dos?..
TOM. Sin duda.
SEB. Todo puede remediarse;
casémoslos.
TOM. ¿Tú te burlas?
Yo le he dado mi palabra
al marqués y no hallo justa
otra determinación.
SEB. ¿Es decir que tú rehusas
la paz que vengo á ofrecerte?
Tomasa, cese la lucha;
por tu bien, el de tu hija
y el de tu marido, muda
de parecer.
TOM. Es inutil
cuanto me digas,
SEB. ¡Tozuda!..
¡Si yo sé que al fin y al cabo
tienes buen fondo!

TOM. ¡Hum!
SEB. No gruñas.
Vamos, reflexiona bien;
ya es razón que esto concluya
amigablemente: deja
ese afán que te deslumbra
de lujos y marquesados,
porque al fin... Recapitula
que has nacido en otra esfera,
procedes de humilde cuna,
y sólo has de conseguir,
si es que no cambias de rúta,
que ese gran mundo á que aspiras
te ponga en caricatura.
TOM. ¡Sebastian!
SEB. ¿Qué?
TOM. Los sermones
en cuaresma y por el cura.
SEB. Y los consejos en casa
y en todo tiempo.
TOM. No subas
el diapasón, no soy sorda.
SEB. Bien; yo no busco disputas
si no ver de convencerte
con razones, con mesura.
TOM. Pues hijo, si de eso tratas
es en vano que me arguyas.
Cada cual piensa á su modo.
SEB. ¡Tomasita!
TOM. ¡Qué berruga
nos ha salido contigo!
SEB. ¡Tomasa!
TOM. Ya me disgusta
seguir oyéndote.
SEB. Bueno.
¿Tú lo quieres? Pues que ruja
la tempestad.
TOM. No hay paciencia...
SEB. Ni carácter que te sufra.

Tú lo sentirás: al punto
me voy de esta casa.

TOM. Nunca
á ella vinieras; mejor
estarías en la Almunia.

SEB. Por no verte, en cualquier parte.

TOM. Nadie te detiene.

SEB. Escucha:
traté de evitar disgustos
que al fin vendrán por tu culpa,
y pues que falta de seso,
indómita y caprichuda
el porvenir de tu hija
hoy á la desgracia empujas,
yo he de lograr por la fuerza?..
lo que de grado rehusas.

TOM. ¿Por la fuerza?...

SEB. Por la fuerza,
porque iré del juez en busca...

TOM. ¿Del juez?

SEB. ¿Pues qué te has pensado?
No te saldrás con la tuya.
Ante las leyes no sirve
tu voluntad absoluta.

Se retira por el foro.

ESCENA XII.

DOÑA TOMASA.

¡Jesús que hombre! Se ha propuesto
sin duda ser mi martirio.
¿Qué le importará, Señor,
que yo quiera con Jacinto
unir á mi hija? ¿pues qué,
no soy su madre? ¿no aspiro
á darle una posición
brillante? Ese beduíno,
como es un patán, opina

que todos somos lo mismo...
¡Y con el juez me amenaza!
Para eso fuera preciso
que la niña... ¡Revelarse
contra sus padres!... ¡Delirio!
Eso no cabe en cabeza
humana. ¡Qué desatino!

ESCENA XIII.

DOÑA TOMASA y DON ANTONIO.

ANT. ¿Has visto á tu hermano?
TOM. Sí.
ANT. Por él sabrás lo que pasa.
TOM. Sí, lo sé; pero confío
en que no adelante nada.
La niña es dócil, humilde,
incapaz...
ANT. ¿De qué me hablas?
TOM. Pues del paso que ese monstruo
quiere dar: la cosa es clara.
ANT. No sé que tenga que ver
con la chica.
TOM. ¿Estás en Babia?
ANT. Tú eres la que me parece
que no estás bien.
TOM. Sólo falta
que te pongas de su parte.
ANT. ¡Mujer, por la Vírgen Santa!
¿á qué paso te refieres?
TOM. Al de la justicia.
ANT. Nada;
no te comprendo.
TOM. ¿No sabes
que sacar depositada
á nuestra hija pretende?
ANT. ¿Para qué?
TOM. Para casarla

con su primo. Te has quedado
suspenso...

ANT. Si yo ignoraba...

TOM. ¿Pues de qué vienes á hablarme?

ANT. De mi situación amarga,
de que estoy comprometido,
de que tu hermano se marcha
y me retira sus fondos,
de que no me queda en caja
con que atender á los pagos
que tengo que hacer mañana.

TOM. Por obrar mal, hasta en eso.

ANT. Y es tanta mi angustia, tanta
mi desazón, que no hay
otro remedio, Tomasa,
que hacer un esfuerzo: el crédito
es lo esencial: si este falta...
Tú conservas unos títulos
de la Deuda.

TOM. Conservaba.

ANT. ¡Qué dices!

TOM. Que hace muy poco
los dí á vender; sin tardanza
aquí tendrás el dinero.

ANT. Luego habías previsto... Gracias.
ya veo que estás en todo.

TOM. En eso, si he de ser franca,
no estaba.

ANT. ¿No? ¿Pues entonces,
por qué vendes?

TOM. La ventaja
obtengo de la subida.

ANT. ¡Qué subida, si está en baja!

TOM. ¡Hombre, no!

ANT. ¿Lo sabrás tú
mejor que yo?

TOM. Pues si acaba
de asegurarme Jacinto...

ANT. ¡El lo aseguró, y tú cándida...

TOM. Se los di. ¡Si la subida
es de cinco enteros!
ANT. Vaya,
no hay más: por lo que refieres
sospecho...
TOM. Calla, hombre, calla.
ANT. ¡Qué imprudencia, mujer!
TOM. ¿Tienes
acaso desconfianza?
El es todo un caballero.
ANT. Las apariencias engañan.
TOM. No hables así, que le ofendes
y me ofendes. Tú lo extrañas
porque no estarás al tanto
de la política. El alza
de los valores, se debe
á un tratado de importancia
con el Mogol!
ANT. ¡El Mogol!
Ya no hay duda.
TOM. ¿Qué?
ANT. ¡Insensata!
¿y tú pudiste dar crédito
á semejante patraña?
Ese mozo es un tunante.
TOM. Me asustas.
ANT. ¡Desventurada!
TOM. ¡Antonio!
ANT. ¡Mujer ó diablo!
No conoces que te estafan
y que se burlan de tí
con tan ridícula farsa?
TOM. ¿Pero puede ser posible?
ANT. ¡Y tan posible! ¡Canalla!
Le he de ahogar entre mis manos.
¡Oh! con razón sospechaba
de ese tuno. ¿Y le querías
casar con tu hija?..
TOM. Estoy mala,

me falta el aire, me ahogo...
Cáe con abatimiento en una butaca.

ANT. ¡Maldición!

ESCENA XIV.

DICHOS y CARMEN.

CAR. ¿Papá, qué pasa?
ANT. ¡Qué ha de pasar! Que la suerte
hoy nos vuelve las espaldas,
que nuestra ruina es segura,
que ya ninguno me salva.
Tu padrino me abandona,
no tiene en mí confianza
y su capital retira;
don Jacinto nos estafa,
y quedamos sin un cuarto,
hija, y sin otra esperanza
que la miseria.
CAR. ¿Qué dices?
No puede ser: tú me engañas.
ANT. ¡Yo engañarte! ¡Pobre hija! Sentándose.
CAR. ¡Papá! ¡Mamá!
TOM. ¡Qué desgracia!
ANT. Y todo por tí.
CAR. Calmaos.
(Viendo salir á D. Sebastian y arrojándose en sus brazos).
¡Ay, padrino de mi alma!

ESCENA XV.

DICHOS y D. SEBASTIAN

CAR. Venga usted: yo le suplico
que en tan aciagos momentos
no nos abandone.
SEB. ¡Chica,
qué dices! ¿Pero qué es esto?
Reparando en la actitud aflictiva de doña Tomasa y don Antonio

CAR. Papá está perdido.
SEB. ¡Cómo!
TOM. ¡Niña!
ANT. ¡Carmen!
CAR. No, no debo
callar; oiga usted, padrino:
papá está arruinado.
SEB. ¿Eso
es verdad?
ANT. Sí: mas no temas,
tus fondos no corren riesgo
y á dártelos estoy pronto.
SEB. Entonces...
ANT. Yo sólo pierdo.
SEB. Explícate, hombre.
ANT. Mañana
vencen unos pagos...
SEB. Bueno;
¿y qué?...
ANT. Como tú retiras
tu capital, sólo un medio
de salir del compromiso
me quedaba; y ya no puedo
contar con él.
TOM. ¡Quién pensara!...
Tal vez te equivoques.
ANT. Quiero
que tu hermano juzgue. Esta
guardaba desde hace tiempo
papel de la Deuda, y cuando
salir de mi apuro pienso
con esos títulos...
SEB. ¿Qué?
ANT. Le da idea de venderlos;
y no es esto lo peor
si no que opino y sostengo
que ya los hemos perdido.
TOM. Eso es partir de ligero.
ANT. ¡Pero, infeliz! ¿quién no vé

en lo burdo de ese enredo
otra cosa? El don Jacinto...

SEB. ¿Ese mico?

ANT. Es tuno y medio.

TOM. ¡Antonio!

ANT. La hizo creer
que ganaba cinco enteros;
que el alza de esos valores
era debida á un convenio
con el Mogol.

SEB. ¡El Mogol!

TOM. ¿Acaso no puede serlo
la exportación de embutidos?

SEB. A Antonio. Yo la embutía los sesos
para que fuese más cauta
y tuviera más talento.

ANT. ¿Comprendes la causa ahora
de mi temor?

SEB. ¿Y qué objeto
te propones al vender?...

TOM. Pues, el negocio.

SEB. ¡Soberbio!

TOM. Yo sé de muchas señoras
que dedican su dinero
á negociar... ¡Y mí plan
es tan seguro!

SEB. ¿Qué es ello?

TOM. Préstamos con garantía
de hipotecas y de sueldos;
con los réditos fincarme,
después, poniendo los medios,
contratar con el Estado
algún servicio; con esto
adquiere una relaciones,
y quizás, andando el tiempo,
consiguiera para este
algún elevado puesto.

SEB. Si, todo eso es muy bonito,
y con decirlo está hecho...

Prestas y acaban las quiebras,
te fincas y no hay incendios,
y contratas con fortuna,
y consigues que hagan luego
á tu marido archipámpano,
y en tal forma discurriendo
dás el tropezón que has dado,
te arruinas, y volaverum.
¡El cuento de la lechera
es el que aquí viene á pelo!
Rompió el cántaro y adiós
leche, pollos y ternero...
¡Tu ilusión, como la suya,
castillos formó en el viento;
de su loca fantasía
has sido tú vivo ejemplo!

TOM. ¡Ay, Sebastián!

SEB. ¡Ay, hermana,
que te sirva de escarmiento!
Ahora es preciso buscar
á ese tuno; ver el medio
de que restituya...

ANT. Sí;
échale un galgo.

SEB. Silencio.
Alguien llega.

CAR. Es Rafael.

SEB. Pues á fé que viene á tiempo.

ESCENA XVI.

DICHOS y RAFAEL.

SEB. Rafael: urge al instante
conocer el paradero
de ese... marqués embustero.

RAF. ¿De don Jacinto?

SEB. El bergante,
de Tomasa se llevó

valores, que ella imprudente...
RAF. Ya lo sé: precisamente
de eso vengo á tratar yo.
SEB. ¿Con que tú?...
RAF. Ya sospechaba:
de esa habitación salía
á tiempo de que mi tía
los títulos le entregaba.
Por ciertas frases que oí,
tan extraño el caso hallé
que su buena ó mala fé
averiguar decidí;
espero á que salga y salgo,
sigo su mismo camino,
penetra en cierto casino,
yo de la audacia me valgo
que inspira el desasosiego,
y de sus pasos en pós
á poco entramos los dos
en un salón: el del juego.
En aquella estancia umbría
por débil luz alumbrada,
cuya atmósfera viciada
sofocaba y corrompía,
de una mesa en derredor
se agrupaba mucha gente,
teniendo tal vez pendiente
de un naipe el pan ó el honor.
¡Qué rostros! ¡Cuánta laceria
trás esplendidez ficticia!
¡Qué miradas de avaricia
y qué asomos de miseria!
De repente, oigo la voz
de nuestro amigo que exclama:
—Juego, banquero: á la dama
contra el caballo.—Y veloz
dos mil pesetas apunta
á la sota. Un caballero
que estaba junto al banquero

le dirige esta pregunta:
—Jacinto, juegas hoy fuerte;
¿descubriste alguna mina?
—Chico, una suegra divina
con mucho metal.—¡Qué suerte!
—Una bendita señora
que anda por mí trastornada.

TOM. ¡Habrá pillo!

SEB. ¡Desgraciada!
¿y lo conoces ahora?

RAF. La broma así prosiguió
entre pullas que me callo:
tira el banquero el caballo
y el don Jacinto perdió.

TOM. Me alegro: de su chacota
justo premio.

SEB. ¿Te consuela?

ANT. (Dios quiera que no nos duela
el dinero de la sota.)

SEB. Continúa.

RAF. En su semblante
apareció la zozobra;
pero pronto ánimo cobra
con nuevas cartas delante.
Un tres y un as; y después
de una breve pausa, ciego
de codicia, dice: Juego:
lleva mil duros el tres.
—Apunte, añade el banquero:
mil duros no son bicoca
para posturas de boca;
aquí se juega dinero.
Entonces el desdichado
replica con voz airada:
—Responde de mi jugada
este papel del Estado.
Y arrojó sobre la mesa
los títulos.

TOM. ¡Ay de mí!

RAF. Yo no sé explicar aquí
mi furor y mi sorpresa.
Sólo sé que airado, loco,
me arrojé sobre el papel,
y encarándome con él
le dije: «Poquito á poco,
señor mío: no rehuyo
lances cuando llega el caso,
y como usté ha dado un paso
en mi concepto, muy suyo,
delante de estos señores
su acción he de castigar.»
De mi amenaza á la par
me cercan los jugadores;
se entabla la discusión,
y opina la mayoría
que don Jacinto debía
dar una satisfacción...
La dá, mi perdón implora
y con ello me coarta.
Después escribió esta carta
dirigida á usted, señora.

Saca del bolsillo los títulos y una carta que entrega á Doña Tomasa.

Tenga también el papel
que ya juzgaba perdido.

TOM. ¡Tú mi salvación has sido!

SEB. ¿Te reconcilias con él?
Vaya: pues pasó la racha,
creo que ya, sin empacho,
consentirás que el muchacho
se case con la muchacha.

TOM. ¡Hombre... por ser cosa tuya...
consiento!

SEB. ¡Gracias, hermana!
¡Gracias! ¡Cantemos, Hossana!
¡Hijos míos, aleluya!

RAF. ¿Qué dice usted?

SEB. Que tu tía
te dá su hija en matrimonío.

RAF. ¿Será cierto?
CAR. ¡Mamá!
TOM. Antonio:
¿tú consientes?..
ANT Si, hija mia.
Si es tu gusto, ya está dicho:
por mí no habrá pesadumbre,
yo no pierdo la costumbre
de acceder á tu capricho.

Marcadas muestras de alegría en todos.

SEB. Sepamos ahora en su carta
que dice el otro galán.
TOM. No hablemos de él, Sebastián.
SEB. Lée, sobrino.
TOM. Quita.
SEB. Aparta.
RAF. Dice así: «De un accidente
fatal la víctima he sido,
y á usté acudo arrepentido
suplicando humildemente
perdone mi ligereza.
Creyendo salír de apuros
he perdido los mil duros
de los caballos.
SEB. ¡Qué pieza!
TOM. ¡Esto más! ¡Luego ese idiota,
se jugó!..
ANT. (Yo bien decía
que algo aquí nos tocaría
del dinero de la sota.)
SEB. Sigue.
RAF «Le soy pues, deudor
de esa suma, que veré
de reintegrarle. De ustó
fino, atento servidor
y admirador más profundo
que humilde besa sus piés,
Jacinto Fortún Marqués.»
SEB. ¿Marqués de qué?

RAF. De segundo
apellido.
TOM. ¿Cómo?
SEB. ¡Vaya!
TOM. ¡No era noble!.. ¡Qué torpeza!
¡Y yo que creí!...
SEB. Su nobleza
es la del tuno de playa.
Desde hoy nueva vida.
TOM. Sí.
SEB. Y puesto que tú y Antonio
estais dados al demonio,
ya es razón poner aquí
un gobierno más formal;
mi sobrino Rafael
tiene mi voto; que él
maneje mi capital
y el vuestro. Así, sin disputa
nos podremos entender.
TOM. ¿Y de mí, qué vás á hacer?
SEB. Estenderte la absoluta,
quedando muy satisfecho
y altamente agradecido
de tu celo distinguido
y de lo bien que lo has hecho.
ANT. ¿Y yo?
SEB. Siguiendo su suerte,
declararte es mi deber
cesante, con el haber
que pueda corresponderte.
Volviendo al lado de Carmen y Rafael.
Y vosotros, sin ninguna
querella vivid dichosos,
siendo modelo de esposos
y dueños de mi fortuna.
Tú, mirando en tu mujer
la compañera constante,
que solícita y amante
sepa tus dichas hacer.

Y tú, prestándole aliento,
el angel sé del hogar,
¡y huye siempre de imitar
Aludiendo á doña Tomasa.
á la lechera... del cuento!

FIN DE LA COMEDIA.

ARCHIVO Y COPISTERIA
DE
JOSÉ CRUSET
CONDE DEL ASALTO-172
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

LA CÓRTE NO ES PARA TÍ . .	Comedia en un acto.
TIRIOS Y TROYANOS	Comedia en un acto.
LA BATALLA DE ALCOLEA . .	Comedia en un acto.
LA TIA DE MI MUJER	Comedia en tres actos.
LA CARIDAD EN LA GUERRA .	Drama en un acto.
ECOS DE NOCHE-BUENA . . .	Comedia en dos actos.
CORONA DE SIEMPREVIVAS . .	Loa en un acto.
LA FAMILIA DE AGAMENÓN . .	Juguete cómico en tres id.
EL ACEITE DE BELLOTAS . .	Juguete cómico en un id.
PARA UNA MODISTA... UN SASTRE	Zarzuela en un acto. (1)
¿QUIÉN ES GALLEJA? . . .	Juguete cómico en un id.
EL QUINTO MANDAMIENTO . .	Drama en un acto.
TORBELLINO	Zarzuela en un acto. (2)
LA FIESTA DEL SANTO . . .	Juguete cómico en un id.
LOS DOS CAZADORES	Zarzuela en un acto. (1)
¡CARIDAD!	Zarzuela en un acto. (3)
DONDE MENOS SE PIENSA . .	Zarzuela en un acto. (2)
SOBRE... VINO UNA PENDENCIA.	Zarzuela en un acto. (2)
UN ENCUENTRO INESPERADO .	Juguete cómico en un id.
ORIGINALES Y RETRATOS . .	Comedia en nn acto.
LA VIRGEN DEL PILAR . . .	Zarzuela en tres actos. (3)
FIESTAS DE ANTAÑO	Zarzuela en un acto. (4)
EL JEFE NÚMERO CUATRO . .	Zarzuela en un acto. (5)
ARTE DE BIRLIBIRLOQUE . .	Zarzuela en un acto. (6)

(1) Música del maestro Cereceda.
(2) Idem del idem Rubio.
(3) Idem del idem Vehils.
(4) Idem del idem Nieto.
(5) Idem del idem Mangiagalli
(6) Idem del idem Reig.

NOCHE BUENA Y NOCHE MALA .	Comedia en un acto.
LA CIZAÑA	Comedia en un acto.
EL ENTROMETIDO	Juguete cómico en un id.
LAS DE VILLADIEGO	Comedia en dos actos.
A ORILLAS DEL RIO	Juguete cómico en un id.
ZAPATERO Á TUS ZAPATOS . .	Comedia en un acto.
LA CAJA DE PANDORA . . .	Revista cómica en un id.
¡EL 235!	Juguete cómico en un id.
EL CÁNTARO ROTO	Comedia en tres actos.

ERRATAS PRINCIPALES

Pág.	Lín.	Dice.	Debe decir.
7	26	tu mano	tu mano?..
9	1	que es hoy,	—que es hoy,—
15	13	de conservas	con conservas
35	32	huérfano	Huérfano
41	20	variará	variaré
44	30	sabes...	sales...
52	23	la has	lo has
64	36	¡Ay entonces!	¡Ay! entonces!..
67	36	novedadnes	novedades
78	15	fuerza?..	fuerza

3 0112 117466687

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11: de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Angel, 12.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.